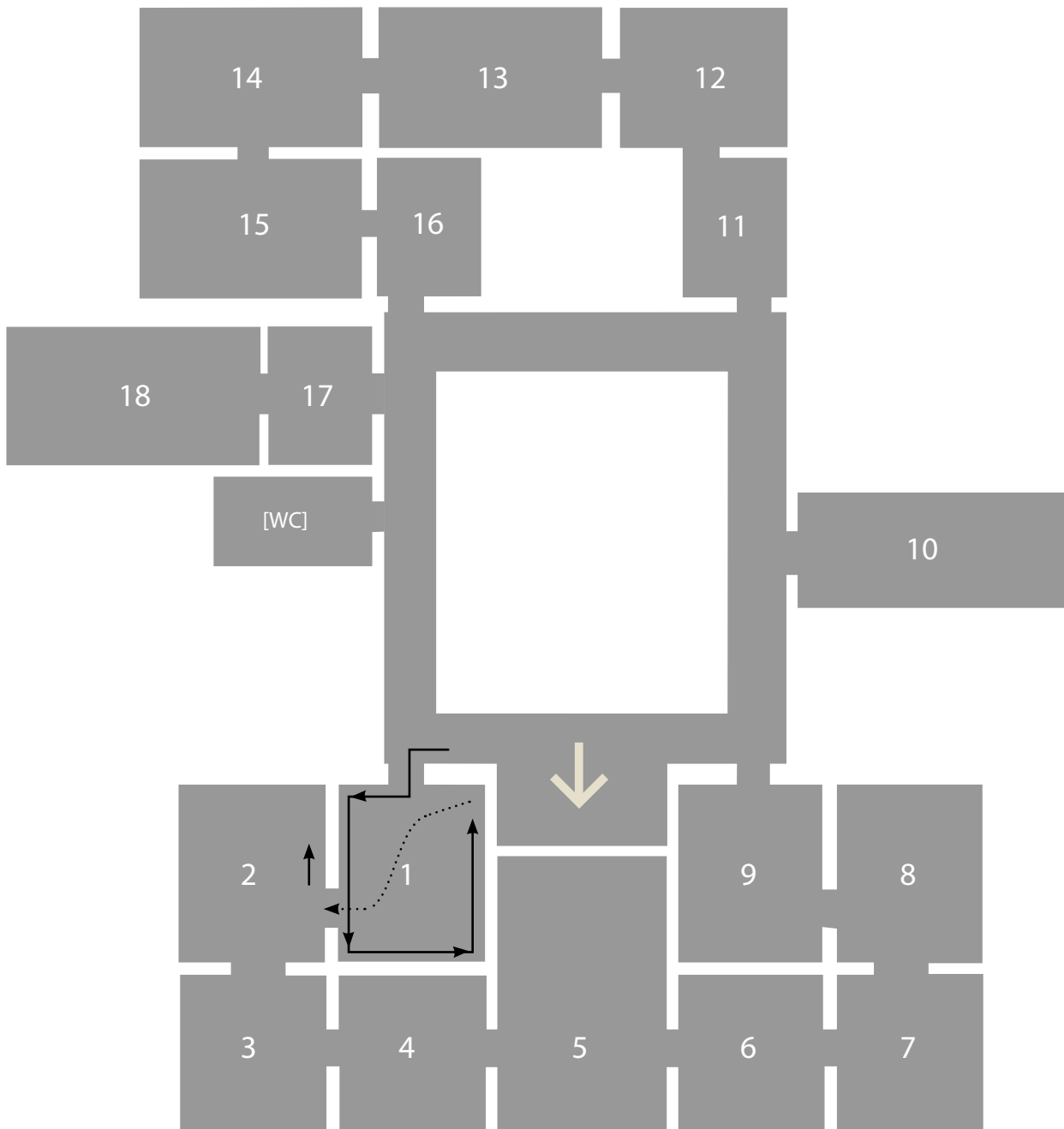


Sophie Calle

Modus vivendi

03.03 > 07.06.2015
www.bcn.cat/lavirreina



Plano de la exposición

El orden de las traducciones de los textos sigue el sentido del recorrido de la exposición, de derecha a izquierda.

SOPHIE CALLE
MODUS VIVENDI

Existen artistas que aúnan perfectamente la manera en que viven y la propia obra. Dicho de otro modo, lo que se convierte en arte es parte de una supuesta biografía del propio artista a lo largo del tiempo.

La presente exposición de Sophie Calle, de carácter retrospectivo, es un buen ejemplo de ello. Sus obras no han dejado de hacerse en primera persona. Por otra parte, su relación con el *otro*, con los demás, también queda implícita en esta búsqueda de la belleza y del arte en sus diversas vertientes.

La muestra que se presenta es la continuación más profunda de su trabajo en nuestro país, teniendo en cuenta este doble juego. En la primera ala del palacio se presentan los proyectos de la artista que tienen que ver con los otros, con lo ajeno, siempre a través de la construcción de la mirada y en búsqueda de la belleza. Por eso comienza con la única pieza que formó parte de la muestra de 1997 en Barcelona, *Les Aveugles*, 1986. Podemos constatar que su afán indagador persiste, no solo sobre el tema de la ceguera, sino también sobre la manera de recordar aquello que ya no está, sobre lo que define la identidad, sobre la belleza, a partir del mar, de un cuadro o de una persona.

En el extremo opuesto del palacio se muestran los proyectos de Sophie Calle que oscilan entre la veracidad del relato personal y la ficción. En la intersección, la película *No Sex Last Night*, 1992, que anticipa *Autobiographies*, 1988 - 2013. En medio, la más importante instalación de su carrera, *Prenez soin de vous*, 2007, obra exhibida en el pabellón francés de la Bienal de Venecia. Por último, el antiguo comedor del palacio se convertirá en una habitación ocupada por Sophie Calle, con los objetos que son parte de la construcción de la artista, con su manera de vivir el amor, los anhelos y la forma de relacionarse con los demás, así como con el arte.

Agustín Pérez Rubio
Comisario

Conocí personas que habían nacido ciegas. Que nunca habían podido ver. Les pregunté cuál era su imagen de la belleza.

1 – Vi a mi hijo en sueños. Tenía diez años. Iba en pijama. Me miraba y sonreía. Vino hacia mí. Lo encontré muy guapo.

2 – A sesenta kilómetros de Cardiff, sobre el acantilado, hay una colina desértica. Un tiempo infernal, un terreno escarpado, hierba corta... Las flores me molestan, tengo miedo de pisarlas. Me impresionó la belleza de ese paisaje desolado. Hice una foto. La foto no reproducirá el viento, pero la impresión de inmensidad quizás sí.

También recuerdo un bajorrelieve de la Edad Media que representaba el fuego, con llamas puntiagudas como espadas. Llamas de piedra. Quedé deslumbrada. Estrías en todas las direcciones, nervaduras en un costado de la roca. No tenía ni idea de la forma en que podía representarse una llama. No sabía que el fuego se podía tocar.

3 – Para mí, la cosa más hermosa es este cuadro. Mi cuñado me dijo: “Es un barco. Si quieres, te lo regalo”. Yo nunca había visto un barco pintado. Tiene un ligero relieve. Noto tres mástiles y una vela grande. Lo toco a menudo por las noches. Los miércoles dan un programa sobre el mar; escucho la tele y miro este barco.

El mar también debe de ser hermoso. Me han contado que es azul y verde, y que con el sol produce unos reflejos que hacen daño a los ojos. Debe de ser doloroso mirarlo.

4 – Las guirnaldas de Navidad, Santa Lucía, un perro simpático, las estaciones de ferrocarril, la Torre Eiffel... todo eso es hermoso.

5 – En el libro *Romance à Grenade*, Claude Jaunière cuenta la historia de una periodista de origen social modesto a quien su jefe envía a hacer un reportaje en un gran hotel de Granada. Nunca había conocido tanto lujo. En la habitación hay tapices y cuadros, muebles antiguos, una cama magnífica. Todo parecía tan bonito en el libro... Me gustan las cosas bellas y nunca había imaginado nada igual. Un cielo estrellado, eso debe ser hermoso. Dicen que una estrella es una luz, pero que puede haber cosas en su interior.

6 – Los peces me fascinan. Soy incapaz de decir por qué. No hacen ningún ruido y en este sentido no tienen ningún interés para mí. Pero lo que me gusta son sus evoluciones dentro del agua, la idea de que no están sujetos a nada. A veces me quedo de pie durante unos minutos delante de un acuario. De pie, como un imbécil. Sencillamente porque es hermoso.

7 – Lo más bello que he visto es un vaciado del Cristo de Vézelay. La belleza absoluta. El relieve era bastante impresionante. Recuerdo que se le veía el pelo de la cabeza, y, en el tronco, la sangre coagulada. Me gustaría volver a verlo.

8 – Lo más hermoso que he visto es el mar, el mar hasta perderse de vista.

1 – El verde es hermoso, porque cada vez que me gusta algo me dicen que es de color verde. La hierba, los árboles, las hojas, la naturaleza... Me gusta vestir de verde.

2 – El hombre con quien vivo es lo más hermoso que conozco, pero le faltan diez centímetros. Nunca he encontrado la perfección. Me gustan los hombres fornidos. Es una cuestión de forma, una cuestión de volumen. Los rasgos de la cara no me impresionan mucho. El cuerpo de un hombre delgado y musculoso me agrada estéticamente.

3 – Cuando me dicen que un hombre es rubio y tiene los ojos azules, pienso que debe de ser guapo. Pienso que los rubios son guapos. Quizás porque hay pocos. Y la palabra *azul*, con solo decirla, ya es hermosa.

Me han dicho que mi marido es guapo. Eso espero.

Y me han dicho que, en la Costa Azul, las montañas se reflejan en el mar y los paisajes se mezclan. Debe ser hermoso.

4 – Son hermosas las ovejas, porque no se mueven y tienen lana.

Mi madre, porque es alta y tiene el pelo largo y suelto hasta la cintura.

Alain Delon.

5 – La piel de lince. Hay algo de absoluto en esta piel. La alianza de un vigor infinito de fiera que parece que aún está viva y la infinita suavidad del pelo. No puede ser más que bello, es evidente.

6 – En el Museo Rodin hay una mujer desnuda, con unos pechos muy eróticos y unas nalgas geniales. Es suave, es hermosa.

7 – El blanco debe ser el color de la pureza. Dicen que el blanco es hermoso. Por lo tanto, yo también lo creo así. Pero si no lo fuera, me daría lo mismo.

8 – De la belleza he hecho mi duelo. No necesito la belleza; no tengo ninguna necesidad de imágenes en el cerebro. Como no puedo apreciar la belleza, siempre he huido de ella.

Fui a Estambul. Conocí personas ciegas que, en su mayor parte, habían perdido la vista súbitamente. Les pedí que me describieran lo que habían visto la última vez.

1 – *Ciego del revólver*

19:10 h, 9 de junio de 2008. Tengo treinta años y nueve días. En Gültepe, dos mujeres se meten en mi taxi. En el camino gritan: “¡Más rápido, más rápido!”. Hago ráfagas luminosas, toco la bocina. Lo que irrita al conductor de un Megane II gris metálico, a mi izquierda. Nos insultamos. Nos apeamos. El desconocido mide aproximadamente un metro setenta y cinco, y debe de pesar más de cien kilos. Me da un puñetazo y retoma el volante. Mi cabeza da vueltas, pero también vuelvo a mi coche. Más adelante, en la plaza Yahya-Kemal-Mahallesi, su coche, detenido, impide el paso. Veo que la matrícula es VE 2106. Me encuentro ligeramente más arriba porque la calle está en pendiente. Me detengo y me apeo. El hombre sale tranquilamente del vehículo. Primero veo el pie izquierdo. Luego la mano izquierda, que lleva un revólver. Se gira. Avanza hacia mí sin apresurarse, con calma y determinación. No consigo distinguir bien los rasgos de su rostro por tanta grasa. Ninguna expresión. Parecería que lo acaban de sacar del congelador. Los cuatro primeros botones de la camisa están abiertos. Lleva tejanos. Una barba de diez días, cabello castaño. Nos miramos a los ojos. Los suyos son marrones o negros. No distingo odio, rabia ni alegría. No intercambiamos palabra alguna. Me coge de la cabeza, la sujeta contra su pecho con un brazo y me pega un tiro debajo del ojo izquierdo que sale por encima del ojo derecho. Desde aquel día, olvidé el rostro de mi mujer, el de mis hijos... Todo se ha borrado. Pero todavía veo claramente un hombre que sale de un coche, con un revólver en la mano izquierda. Es posible que un día esta imagen desaparezca como las demás, pero nunca será sustituida, no quedará más que oscuridad. Mientras tanto, es la última y también la única. Perdí el pleito. El hombre es un mafioso. Amenazó a las pasajeras de mi coche, que se negaron a testificar. Y yo, no puedo identificarlo.

2 – *Ciego del diván*

No hay última imagen –perdí la vista lentamente–, sino una imagen que persiste, que echo de menos: tres niños que no veo, sentados uno al lado del otro, frente a mí, en el diván del salón, ahí donde está usted.

3 – *Ciego del reloj*

Yo veía. Veía mal, pero veía. Un viernes de febrero de 1989, me operaron de la vista y desperté ciego. No tengo ninguna última imagen. Tengo miles y no me aferro a ninguna en especial. Pero tengo una favorita. Muy nítida, muy clara. La estación de Haydarpaşa y su reloj. Cuando tenía dieciséis años estaba muy orgulloso de ganarme la vida comerciando sobre el barco entre las dos orillas del Bósforo. El reloj era mi punto de referencia. Blanco, con números romanos. Ideal para ver la hora.

4 – *Ciega del doctor*

Tenía ocho años. Me operaron urgentemente de un tumor en el cerebro. El doctor me cogió en brazos como si fuera un bebé. Pesaba bastante. Me cantó una canción, Emine. Él tenía treinta años tal vez. Era alto. Guapo. Llevaba una bata blanca y a mí me gustaban los uniformes. Tenía ojos negros. Una mirada dura y gestos tiernos. Me depositó sobre la mesa del quirófano. Se inclinó sobre mí. Perdí el conocimiento. Me desperté ciega.

5 – *Ciego del camión*

2 de agosto de 2006. Doce treinta. Volvía a casa. Yo conducía un coche pequeño. Un camión, cargado de mármol, llegó a toda velocidad por una calle a la derecha. Frenó. Empezó a derrapar hacia mí tocando la bocina y haciendo ráfagas luminosas. Vi aquella masa blanca, todo aquel mármol, que me iba a aplastar. Cinco elementos principales en esta última imagen: el camión blanco a la derecha, otro camión delante, barreras infranqueables a la izquierda, cinco o seis vehículos que me siguen de cerca en el retrovisor, mis manos sobre el volante. Entendí que no podría escapar.

La última imagen, 2010

sala 4

1- *Ciego del amanecer*

Era el 14 de marzo de 2004, hacia las siete. Hice la oración de la mañana y fui al balcón de mi habitación de hospital para ver el amanecer. Me pregunté si el sol volvería a salir para mí. Sabía lo crítica que era la operación. Había oído por casualidad una conversación entre mis padres y el doctor: 85% de posibilidades de morir y el 15% restante dividido entre parálisis, funciones mentales afectadas, pérdida de la vista y restablecimiento completo. Yo había puesto “ciego” en segunda posición. Observé el mar a lo lejos, detrás de los edificios, el sol entre las nubes, el paso de la oscuridad a la luz. Como si fuera la última vez.

2 – *Ciego del poste*

Septiembre de 1999. Mi vista iba disminuyendo con regularidad.

Dos imágenes se siguen de cerca.

Camino en la calle principal de Kadiköy. Deslumbrado por el sol, percibo un obstáculo ante mí, una cosa gris, ¿un poste? Estiro el brazo para evitarlo. Entonces una mujer se pone a gritar y me da una bofetada. Le había cogido el muslo.

La otra imagen es la de una colilla de cigarro que no veo. Barro el patio de la caserna. Veo una colilla, me inclino y desaparece. En tres ocasiones aparece y desaparece. Y luego el suelo se borra también.

3 – *Ciega del minibús*

El ojo derecho es un accidente, el picaporte de una puerta, cuando tenía diez años. El izquierdo es un error médico. Tenía glaucoma. El 21 de julio de 1981 fui al doctor. Revisión de rutina. Me inyectó una solución para agrandar la pupila. Tal vez se equivocó de frasco... Al salir del consultorio, todo iba bien. Caminé hacia el autobús y todo se empañó. Lo último que vi fue el autobús como una nube roja.

4 – *Ciega del esposo*

Hace cuatro años que acaricio el rostro de mi esposo: ya no lo veo, pero me niego a que sus rasgos se desvanezcan. Es la única imagen que me queda. He olvidado todo, incluso la cara de mis hijos. Mi esposo tiene los ojos color avellana, cejas que se juntan, una nariz un poco grande para su rostro, una cicatriz en el mentón —no sé de qué lado porque no sobresale mucho—, una expresión de hombre enfadado, con la actitud rígida y la mirada buena. Un verdadero turco. Terriblemente guapo. Dicen que sus sienes son grises, pero en mi imagen todavía tiene el cabello castaño y siempre tendrá treinta y nueve años.

5 – *Ciego del rifle*

Era el 5 de agosto de 1998, hacia las tres de la tarde. Tenía once años. Cuidaba las vacas. En las cuatro esquinas del prado había tierras recién aradas y, en el centro, un huerto de judías verdes. A lo lejos, las montañas de Binboğa y, por encima, la fuga de las nubes. Vi, a cincuenta metros de mí, un cazador de espaldas, vestido de negro, de unos veinticinco años, con el rifle apuntando ligeramente hacia abajo. Se alejaba. Yo lo seguía con la vista. Delante del cazador, una codorniz levantó el vuelo. Un perro saltó cuando vio al pájaro. El cazador vio al perro. Y después apuntó hacia el pájaro. El pájaro sobrevoló al cazador y se dirigió hacia mí. El cazador se giró lentamente. Disparó. Vi, al mismo tiempo, la codorniz que levantaba el vuelo, el salto del perro, el movimiento de cazador. Oí el disparo. Me cubrí los ojos.

6 – *Ciega del bordado*

Abril del año 2000. Estaba bordando una alfombra de Isparta con mi madre. Un pedido. Llevábamos la mitad. El fondo de la alfombra era rojo y blanco, el motivo estaba compuesto por flores con pétalos amarillos y blancos. De repente, todo se nubló. Confundí los colores. El amarillo y el blanco se mezclaron. Aquella noche quedé ciega. Mi madre terminó sola la alfombra.

7 – *Ciego de la lámpara*

Una noche de noviembre de 2004 me fui a dormir y al día siguiente no veía nada más que luz. Fue una noche ordinaria, no sabía que iba a perder la vista, no presté atención a nada en particular. Había vuelto a casa, en el barrio de Ataşehir, me había sentado a la mesa con mi esposa y mi hijo, había cenado. Mi esposa preparó la cama y se acostó, jugué con mi hijo de cuatro años, apagué la lámpara.

8 – *Ciego del coche deportivo*

No hay ninguna última imagen, ni siquiera hay imagen alguna: nací ciego. Pero hay una imagen soñada. Un descapotable. Estoy conduciendo. Gafas de sol, tejanos, camiseta. Una mujer. Música tecno. La carretera —recta para poder ir más rápido— bordea el mar. El coche es negro.

Imagen: Caroline Champetier

En Estambul, ciudad rodeada por el mar, conocí gente que nunca lo habían visto. Filmé su primera vez.

Last Seen, 1991

El 18 de marzo de 1990, seis lienzos de Rembrandt, Manet, Flinck y Vermeer, cinco dibujos de Degas, un florero y un águila napoleónica fueron sustraídos del Museo Isabella Stewart Gardner de Boston. Ante los espacios que habían quedado vacíos pedí a los conservadores, vigilantes y otros empleados del museo que me describieran los objetos desaparecidos.

1 – *El concierto*, hacia 1660

Jan Vermeer

Siempre recordaré ese cuadro porque no podía verlo. Estaba colocado a la altura de la cintura, detrás de una silla, cubierto con un cristal, pero cerca de la ventana, de modo que el reflejo dificultaba la visión. • Recuerdo que había una pintura en aquel lugar, pero no podría describir lo que representaba. Recuerdo un marco dorado, muy grueso, elaborado y decorado. • En el primer plano, una forma oscura, creo que era un piano, con un paño grande, una alfombra oriental, que lo cubría y un instrumento parecido a un violonchelo parcialmente oculto debajo de la alfombra. En el centro, tres personajes. Uno era una joven tocando el clavecín. Llevaba un corpiño amarillo con mangas anchas y una falda blanca. Además, había un hombre que tocaba el laúd, de espaldas, sentado en una silla, con una chaqueta roja, creo. A la derecha, la mujer que cantaba vestía de azul. Parecía embarazada y tenía una mano sobre el vientre hinchado. Dos cuadros colgaban en el fondo. Uno era una vista sombría y agreste de un bosque. El otro, justo encima de la cabeza de la cantante, era *La alcahueta* de Van Baburen. Se ve una mujer mayor, que es una especie de alcahueta, vendiendo una joven con un escote generoso a un hombre de negocios distinguido que la mira con lujuria, y es un contrapunto muy duro a la escena virginal y recatada del concierto. Está ese rincón sombrío, bastante inquietante, el precioso concierto vespertino y luego esa pintura vívida y subida de tono en un marco de calma y sensibilidad. • Es una escena apacible. La miraba cada mañana antes de ir a trabajar. • Venía por la noche, muy tarde, y me colocaba frente al cuadro. • Una mujer está sentada al clavecín. Completamente ensimismada, no está presente en realidad. La otra, que tiene aquel pequeño pedazo de papel en la mano, es exquisitamente sencilla. Y, de espaldas, sentado, ese misterioso individuo, ese señor de cabello largo que nunca conoceremos. Toca un objeto parecido a una guitarra y que es casi fálico, sobre todo porque la mujer encinta está de pie ahí. • Era una pintura que parecía muy inocente, aunque los especialistas dirán que encierra una fuerte carga sexual. Pero yo solo escuchaba el piano y la voz de la mujer. • Los colores más llamativos eran el blanco y el negro de las baldosas, pero el punto más vistoso era el amarillo del vestido de la joven. Pura pintura amarilla. • Sobresalían

el blanco y el negro, pero lo que atraía mi atención era lo rojo del respaldo de la silla, ese rectángulo de luz roja, en el centro del cuadro, como un centro de diana. • Y, por supuesto, está la luz. La mejor que se podía tener. La luz que venía de izquierda a derecha era fantástica. • Me parecía muy plano. Los colores estaban apagados. No se podían ver los rostros de los personajes y yo no sabía lo que estaba pasando realmente. No sé si eso era porque Vermeer no sabía pintar o porque él deseaba que así fuera. • Una impresión extraordinaria de inteligencia y orden emanaba del cuadro. Como una cuadrícula. Lo veía más como una serie de planos. Casi se habría podido recortar. Las formas estaban muy redondeadas, pero la organización era muy plana. • Recuerdo su profundidad. Es Vermeer. ¿Sabe? Vermeer es Vermeer y era un Vermeer • Lo hermoso de este Vermeer es que tienes el silencio en un concierto. Observas tal tranquilidad y, sin embargo, sabes que están tocando música. • Podía oírlos cantar, pero parecía algo muy privado, tranquilo y puro. Te sentías como un intruso y no hubieras querido que supieran que los estabas mirando. • No me gustaba mucho, no era de mi estilo.

2 – *Paisaje con obelisco*, 1638

Govert Flinck

Era un paisaje magnífico con un obelisco en la lejanía, un árbol inmenso en el centro y una carretera en la que caminaban dos hombres y un burro... y parecía que una tormenta se avecinaba. Alrededor del árbol se arremolinaban unas nubes, pero los personajes no parecían advertirlo, se comportaban como si nada sucediera en el cielo. Todos los colores se mezclaban entre ellos, negro y marrón, verde y dorado. • Era solo color, un color difuso, luz por todas partes. Recuerdo un verde cromo con un amarillo limón y también un ocre amarillo que cubría como un barniz los colores más vivos. Creo que había un poco de rojo en alguna parte y un blanco azulado en el cielo, nubes. Todo era color y era necesario ver a través para captar la imagen. • Es un paisaje exuberante, muy festivo, con tonalidad aterciopelada, líneas que se arremolinan, pero no es turbulento. Se desprende una sensación de aislamiento porque un obelisco sobresale en la cresta, como una presencia solitaria. Todo lo demás es naturaleza, una presencia grandiosa de la naturaleza. • Siempre experimenté una impresión de abandono al mirarlo. Recuerdo haber observado el obelisco y pensado que era un objeto extraño. Parecía estar en medio de la nada, resplandeciente. Solo recuerdo una pintura muy sombría, con ese único punto de luz. No recuerdo si había gente, pero no parecía que fuera importante. • Solo el obelisco en medio. Muy enigmático. Sin él, solo sería otro paisaje colorido más. Pero entonces surge ese elemento misterioso, esa anomalía. • En el primer plano, en el centro, un campesino habla con un jinete acompañado por un perro. El sol vuelve a aparecer después de la tormenta, y lo que más sobresale es lo dorado del conjunto. • Recuerdo un obelisco un tanto borroso, con tonos indudablemente borrosos, y solo un toque de blanco. A decir verdad, no recuerdo el cuadro, pero creo que había mucha vegetación en el fondo y cosas... • Nunca me gustó el Flinck. No había suficiente vida. Era bastante apagado. Animado, pero apagado. No era suficientemente bueno para ser una obra de Rembrandt. • Me gusta que en cierto momento se atribuyera a Rembrandt. Cuando se determinó que el verdadero autor de la obra era Flinck, nadie pareció decepcionado, el público reaccionó diciendo: “Bueno, ¡era casi un Rembrandt!”. • El cuadro era rectangular y no tan

grande. Había un paisaje, un borrego, un perro... Sí, había un perro. Parecían estar cazando o algo así. Es lo único que recuerdo, a pesar de haber trabajado ahí durante veinticinco años. Cuando uno no se interesa en el arte, usted sabe... • No dediqué mucho tiempo a ese cuadro, siempre miraba el Vermeer del lado opuesto.

3 – *La tormenta en el mar de Galilea*, 1633

Rembrandt Harmenszoon van Rijn

Había una tormenta, un barco grande y todo tipo de gente sobre el barco. Recuerdo que algunos estaban enfermos, parecían estar vomitando o algo así. No recuerdo los colores. Es todo lo que puedo decir. • Hay una gran tormenta en el mar, el barco se mece y se voltea, parece ser el final. Jesús también está ahí y los va a salvar. No hay peligro, no pierdan la calma y recen. Todo saldrá bien, no hay problema. • Era una pieza bíblica. Contaba la historia de Jesús con los apóstoles. Pero yo estaba muy confundido porque eran catorce en el barco y no trece, como en la Biblia, pues Rembrandt se pintó en el cuadro. ¿Por qué estaba ahí? ¿Qué hacía? ¡Qué arrogancia de su parte! • Me parece muy conmovedor que se haya incluido en aquel momento de revelación, él también parece aterrorizado. Me parece que era un signo de humildad. • Era mi preferido porque se pintó en el barco. Te juro que eso fue lo que le dio a Hitchcock la idea de aparecer en sus propias películas. Pero, obviamente, Rembrandt era el único que tenía buen aspecto mientras que los demás parecían viejos y enfermos. Lo llamábamos Robert Redford. • El cuadro se encontraba frente a un autorretrato de Rembrandt, de manera que los dos Rembrandt se observaban a través de los siglos. • Algunos apóstoles parecen aterrorizados, algunos intentan despertar a Cristo y el propio Rembrandt sostiene su pequeño gorro contra el viento y observa al público. Rembrandt te mira. • Era una pintura muy agresiva. Muy sombría. Con mucho movimiento y pánico. Una expresión de terror en el rostro de la gente. Todos estaban muy agitados, se aferraban a esta preciosa vida, con excepción de Cristo y Rembrandt. Los demás estaban hechos unas ruinas. • Había mucho movimiento, sucedían muchas cosas. La corriente, el movimiento, eso es lo que más recuerdo. Velas rasgadas y agua por doquier. A los marineros que miraban el cuadro no les gustaba, todos decían que Rembrandt no sabía nada de barcos y que ese no hubiera podido navegar nunca porque el mástil era demasiado grueso y que las proporciones hubieran impedido que flotara. Recuerdo que me desconcertó el hecho de que los detalles no fueran correctos. • El barco se encontraba debajo del centro, levantándose hacia la izquierda del cuadro y formando un triángulo con el mástil que se proyectaba en diagonal a través del cuadro. Una de las cuerdas se había desatado y se balanceaba en el aire. Una mitad del cuadro estaba en la oscuridad a causa de los que no creían en Jesucristo. Jesús estaba en la parte trasera del barco, miraba muy tranquilamente hacia la luz, sugiriendo que las turbulencias tal vez iban a cesar. Lo que atrae mi atención es lo tranquilo que parece en medio de todo este peligro. Todos intentan salvar el pellejo y es el único que no hace nada. Así se sabe que Él es Dios. • No recuerdo para nada a Jesús en el cuadro, no recuerdo haber visto a Cristo... Era la única marina de Rembrandt, una pintura exquisita que siempre me ha fascinado. Era como si la propia adrenalina subiera al observar el cuadro. La agitación y el caos eran muy contagiosos. No recuerdo el cuadro como algo que tuviera color. Había acción, pero no color • Es un cuadro muy verde, pero también muy dorado. No recuerdo por qué,

en medio de esta gran tormenta, es tan dorado. La pintura parece impregnada de esa luz dorada.

- La luz sobre la gente era sorprendente. Hacía que sobresalieran en la oscuridad de la tormenta. Había esa deslumbrante concentración de luz hacia el punto peligroso con amarillos, verdes y azules en el centro de la agitación. El marco era gigantesco, de finales del siglo XIX, pintado con pan de oro, muy grueso y muy elaborado.
- Los colores eran vívidos, púrpuras, rojos, blancos. Parecían surgir del fondo negro. Las olas debían de tener puntas blancas para dar la sensación de tormenta. Me gustaba la delicadeza de la espuma que era blanca y amarilla, y cómo la había realizado con golpecitos de brocha.
- Cuando era joven, por Navidad, un amigo cercano de la familia me había regalado caramelos en una caja de hojalata. Sobre la tapa se veía *La tormenta en el mar de Galilea*. Fue la primera vez que lo vi. Para mí era un objeto valioso. Me gustaba, realmente me gustaba.

4 – *Retrato de una pareja*, 1633

Rembrandt Harmenszoon van Rijn

En el primer plano, a la derecha del cuadro, se encontraba una mujer sentada, mirando hacia la izquierda. Detrás de ella, en el centro, un hombre. Su esposo, supongo. Vestía una capa negra y un sombrero. Una de sus manos llevaba puesto un guante y sostenía el otro. La mujer también vestía de negro excepto por esa cosa amplia alrededor del cuello, ese volante blanco. Todo parecía muy impersonal, muy estático. Él miraba hacia el espectador. Ella no miraba a nadie. Había unas escaleras y una referencia al viaje con un mapa colgado en la pared del fondo.

- La composición era un tanto extraña. Un hombre, una mujer y ninguna relación entre ellos. Estaban en mundos distintos. Se percibía una marcada sensación de soledad, pese a que había dos personas. Eso le confería al cuadro una cualidad misteriosa porque no se podía entender esa falta de contacto. ¿Qué miraban? No tenía sentido. Algo no cuadraba.
- Hay una mujer sentada con la mirada perdida y un hombre de pie con guantes, como si estuviera a punto de salir. Cuando analizaron el cuadro con rayos X encontraron a un niño entre los dos personajes, cogiendo la mano de su madre y agarrando firmemente lo que parecía ser un látigo.
- Había una teoría que afirmaba que un niño estaba sentado en la silla, con un sonajero en la mano y, de algún modo, el espíritu del niño desaparecido iluminaba con una tonalidad melancólica el cuadro. Cuando sabías que había un niño que jugaba entre ellos, tenías la impresión de que un fantasma estaba presente. El cuadro cobraba una mayor profundidad, una nueva dimensión. Cabe preguntarse porqué fue borrado...
- Se decía que el niño había muerto y que por eso lo habían quitado, y en su lugar Rembrandt pintó una silla. Yo acababa de tener un hijo cuando oí esa historia y venía a esa sala cuando no había nadie. Era como estar sentada con ellos. Eran amigos. Buenos amigos que acaban de sufrir una pérdida.
- La pose era tradicional, ella sentada y él de pie. Supongo que eran marido y mujer, pero no parecían enamorados. Pienso que había un tercer elemento en la pintura, tal vez un perro.
- Eran como muñecas de porcelana. No parecían muy realistas. La mujer tenía una mirada perdida, pero no miraba fuera del cuadro, tal vez miraba al niño.
- Quitaron al niño en cuanto acabaron de pintar el cuadro, así sus rostros no parecen tristes ni afligidos porque al principio el niño estaba ahí.
- La mujer parecía muy maternal. El sueño de todos, la madre que quisieras tener, decente, firme y bien alimentada. Alguien que se preocupa por tu futuro y con quien puedes pasar toda tu vida.
- Me gustaba su rostro, tenía las mejillas sonrosadas,

pero no era ordinaria. Parecía tener más vida que el hombre, que se veía seguro de sí mismo y un poco pomposo. Lo que me conmovía eran los detalles de la ropa. Recuerdo las flores bordadas en sus cabellos y los cuellos blancos espléndidos. No recuerdo los pies de la mujer. • Era otro de esos cuadros muy oscuros con excepción de las cintas de un blanco inmaculado. La ropa blanca y negra destacaba muy nítidamente sobre el fondo neutro. El negro era muy denso y la cinta, de un blanco intenso, realmente resaltaba la pintura. Era un poco más pequeño que *La tormenta*, tal vez 90 cm x 120 cm, algo por el estilo. • Era una pareja muy impresionante. Dominaban la sala.

¿Qué ven?, 2013

sala 7

Los marcos de las pinturas de Vermeer, Flinck y Rembrandt quedaron abandonados en el lugar. Tras ser restaurados, se colgaron nuevamente en los sitios que ocupaban habitualmente, delimitando de esta manera la ausencia. Pedí a los conservadores, vigilantes y otros empleados del museo, así como a los visitantes, que me dijeran lo que veían dentro de los marcos.

1 – *Paisaje con obelisco*, 1638

Govert Flinck

Veo mi reflejo, y por lo tanto veo mi tristeza. • Veo un vacío oscuro ceñido por un marco dorado. • ¿Qué veo? Veo algo extraño, un marco que muestra mi imagen en un espejo. • Me veo, a mí, justo en el centro de ese marco espléndido, con un rayo de sol sobre el hombro izquierdo. Es bastante narcisista, pero no puedo evitar imaginarme como un personaje, y con el reflejo del Zurbarán, me veo como un compañero moderno, y un poco cansado, de ese viejo clérigo de rojo. • Veo el obelisco. Claramente. El misterioso monumento que atrae la luz. Veo una obra magistral y desbordante, personajes que pasean por una carretera sinuosa, manchas de sombra y luz, el sol que atraviesa las nubes. Veo una de esas maravillas de la escuela holandesa. • Veo una historia contada mediante un marco vacío y, en su interior, una ausencia palpable. Veo un homenaje perfecto, más apropiado que una reproducción. Veo un concepto artístico, una invitación a sentarse y a contemplarse como una obra de arte. • No sé qué pensar. Sé que podría tratarse de otro cuadro antiguo más, una marina o un paisaje rural, algo tranquilizador, pero en el fondo no veo más que un cristal. • En la negrura no veo la pintura ausente, sino una cosa muy contemporánea, con un verde y un rojo profundo sobre toda la superficie. Mi primera reacción es que estoy mirando una pantalla y que todo lo que tengo que hacer es esperar, y que algo aparecerá... Como en un videojuego, me proyecto en ese rectángulo muy abstracto, inquietante. • Veo a alguien en el espejo. A mí, por lo visto. Una silla. Un perro sobre la mesa. Es borroso. Algo falta, pero no sé qué. • Veo un cuadro que adquirió importancia desde que desapareció. Tenía un abuelo maravilloso y yo repetía a mis amigos: “Deberíais venir a conocer a mi abuelo...”. No vinieron nunca. Un día, recibí una llamada: “Leí en el diario que tu abuelo falleció. ¿Podría pasar para ver la silla en la que acostumbraba sentarse?”. En cuanto la pintura desapareció, se convirtió en algo importante. • Veo un marco vacío. Tal vez porque ya no hay nadie, para mostrar que la casa está vacía, para simbolizar esa ausencia. • Veo un cuadro que no me decía nada, que no tenía el mismo poder sobre mí que el Vermeer, por eso pasaba más tiempo del otro lado del marco.

• Veo un Rembrandt o tal vez un Vermeer. A decir verdad, no creo que evoque gran cosa ya. Se fue hace tanto tiempo... Veo la ausencia de una cosa desconocida. • Veo un cuadro que la señora Gardner había comprado pensando que se trataba de un Rembrandt, pero solo es un Flinck, un alumno de Rembrandt, un alumno del maestro. Entonces, es hermoso, pero se olvida. La gente recuerda los Rembrandt y el Vermeer. Los ladrones tal vez se lo llevaron por error y ahora no deben de ocuparse tan bien de este como de los otros... Entonces veo un cuadro solitario, aislado. • Lo que se ve es uno mismo.

2 – *La tormenta en el mar de Galilea*, 1633

Rembrandt Harmenszoon van Rijn

No soy un especialista en arte, pero se trata de un Rembrandt, está escrito sobre el marco. Y el Rembrandt parece una especie de papel pintado. • Veo una tapicería que no debería ver y que no estaba prevista en la exposición. Veo lo que sucede detrás del telón. Veo los bastidores y nada más que los bastidores. • Veo una inscripción en el marco, Rembrandt. Es una ausencia. Es un misterio. Es un espacio triste y vacío. La extraña yuxtaposición parece una alegoría: aquí hay un Rembrandt, pero no hay nada. El emperador está desnudo. Por el nombre, el aspecto desgastado del marco, la apariencia apagada y gris del paño que evoca un ataúd, una tumba, uno piensa en una instalación. Pero, como sé lo que sucedió, lo que veo es la historia de un robo. • Veo algo que no hubiera visto si usted no me lo hubiera mostrado. A pesar de lo sobrecargado de la sala no me había dado cuenta que la ubicación estaba desocupada. Me esperaba una ausencia visible. Es demasiado discreta en el horror vacuú del museo. • Veo *La tormenta en el mar de Galilea*, ahí, frente a mí. Porque la pintura pertenece a esa pared y solo a esa pared. • Veo un pedazo de tela que cuelga. Veo una luz tornasolada, pliegues, ondulaciones en el tejido. Veo las sombras que la luz crea en el tafetán. • Veo un marco que me ayuda a imaginar la imagen. Es una marina. Veo los gestos frenéticos de Cristo y de los apóstoles. Un barco sacudido por los remolinos de un mar tormentoso. Todavía tengo la ilusión de contemplar un Rembrandt. • No veo nada o, más bien, veo un marco que rodea un vacío adamascado, pero esencialmente nada. Entonces, ¿por qué está enmarcado? • Veo un marco que, con los años, se va encogiéndose. Resulta difícil para mí visualizar esa espectacular pintura en su interior. Como si ya no pudiese contenerla. También veo las tiras de tela que quedaron, porque la recortaron con violencia. Tengo una reacción visceral ante el marco, porque lo que salta a la vista es esa crueldad. • Veo un marco dorado con una moldura interior que se asemeja a una gigantesca hilera de perlas. Supongo que lo colgaron para que resaltara el fondo, para destacar la tapicería. A primera vista, parece papel pintado, descolorido en la parte superior, pero cuando se examina aparece la delicadeza artística. Si lo observo como un objeto, me concentro en la seda. Ese verde salvia, un color tan hermoso, tan suntuoso y rico, que sueño con envolverme en ese paño de seda enorme y opulento. • Veo plantas, flores, distintas variedades de orquídeas. Tal vez *Cymbidium* amarillas. Camelias. Rosas. Veo camelias blancas y rosas rojas. Si me alejo un poco, puedo distinguir una mariposa, incluso dos... a cada lado del panel, en la cuarta parte superior. • Veo un marco vacío que encierra un vacío. Es gris, borroso, como neblina, como si no estuviéramos ahí. Una nada indescriptible. • Veo un espacio sagrado. El marco solamente puede contener *La tormenta en el mar de Galilea* de Rembrandt. Nada más. Aunque

Rembrandt resucitara para ejecutar una nueva pieza, no tendría su lugar aquí. *La tormenta*, es todo. Solo *La tormenta*.

3 – *Pedí a la vidente Maud Kristen que me dijera lo que veía en los marcos vacíos.*

El marco está ocupado por fantasmas, como si el robo hubiera liberado a los personajes, como si les hubiera permitido abandonar la representación rígida sin irse del lugar. Siento que están más presentes en su ausencia. La mirada de los visitantes los retenía. Ahora pueden vagar en el museo, tienen la libertad física que se tiene en la oscuridad, el placer de vivir la propia vida sin ser vistos... Entiéndame, aunque el lienzo se haya quemado, la mujer que sirvió de modelo no está desfigurada. Como si, al ser despojada de su cuerpo, se hubiese despojado de su imagen. En esa abertura veo algo alegre y con vida.

4 – *Retrato de una pareja, 1633*

Rembrandt Harmenszoon van Rijn

No veo mucho. Veo un marco y nada dentro. Veo una ausencia. Sabes que es una ausencia, pero no sabes qué tipo de ausencia. • Veo un espacio vacío que no está vacío. Veo un espacio de meditación sobre lo que ya no está ahí. Un marco que no es un suplente ni un doble, y que hace que la desaparición del cuadro sea dolorosa. Solo ocupa el lugar. Nos muestra que ahí había una pintura y nos dice que volverá. • No veo más que ese fantasma, ese niño ausente, entre el hombre y la mujer. Me concentro en esa especie de secreto maravilloso. Recuerdo más esa ausencia que la obra. Lo que no se veía era más cautivador que lo que se veía. Asocio la pérdida del cuadro a ese niño que tal vez tuvieron que suprimir porque murió. Y ahora ya no hay nadie. • Puedo ver de nuevo sus rostros –un hombre y una mujer–, aunque la pintura no me parecía excepcional, y que se hayan tomado la molestia de robarla sigue siendo un misterio. • Veo el exceso de barniz que cubre a Rembrandt. Ya no se ve realmente a Rembrandt. ¿Será por eso que el marco está vacío? • Veo un sacrilegio. Veo un marco que resalta la ausencia del cuadro. Veo un vacío sobrecogedor que da testimonio del poder de algo tan sencillo como un lienzo cubierto con pintura. Veo un espacio que nada puede ocupar. Toda sustitución sería deshonesto y daría la impresión de que nos comportamos como si no se tratara de una pérdida irreparable. • No creo que sea necesario recordárselo al público, simplemente me gusta ese marco. Me gustan sus dimensiones, la manera en que corona las sillas. Me encanta el encuadre del motivo de damasco detrás. Veo muchas rosas. Eso es lo que veo. Veo ramos. No pienso que los hubiera visto sin este marco. • Veo un relato. Veo que ahí había una pintura y que desapareció. Pero pensaba que percibiría la ausencia, que sería más evidente. El marco vacío es una buena idea desde un punto de vista conceptual, aunque la primera vez no me di cuenta de que estaba en la sala. Cuando te la muestran, la ves, la ausencia. • Creo que estoy cansado. Para mí, no hay nada aquí. Aunque, a no ser por el marco, la gente pensaría que hay un agujero. • Como sé que el marco contenía una obra maestra, lo puedo ver de dos maneras distintas. Lo puedo ver como el triste símbolo de una pérdida terrible: el paño representa un Rembrandt que ya no existe. O puedo verlo como la celebración de esa seda exquisita. • Parece una cortina. Un telón. Aunque no oculta nada y no hay nada que ver. Me imagino que quitaron la pintura. Tal vez dejaron las cosas así para despertar

la imaginación del público. • Veo un intento de atraer la atención sobre el marco. Tal vez porque lo que se ve normalmente no son los marcos sino lo que contienen. • Resulta difícil imaginar el cuadro, puesto que ya no está ahí. Y por eso dejaron el marco. Quieren hacernos creer que todavía está ahí. • Veo algo indefinido. Ha pasado demasiado tiempo. El retrato era de por sí silencioso, triste, ausente. • Veo el retrato de una pareja, en un almacén, en alguna parte...

5 – *El concierto, hacia 1660*

Jan Vermeer

En el marco vacío contemplo una mujer profundamente concentrada que toca el clavecín. Una cantante, a punto de emitir una nota, está frente a ella. Oigo la música. • Veo un viejo marco de madera sin nada dentro y detrás, un fondo marrón, un paño de terciopelo. Es todo. No hay razón alguna para que el marco esté colgado ahí. ¿Qué se supone que tengo que ver? Ese espacio vacío representa el espacio, solo espacio. • La pintura surge, más fuerte que su ausencia. Veo mejor el cuadro en el terciopelo que en la reproducción. Veo músicos: se observa un cuadro silencioso, pero se pueden oír. Una mujer toca el clavecín. Un laudista nos da la espalda. Junto a él, tangible, una mujer canta. La veo sobre todo a ella en mis sueños. Estoy tan apegada a ella que debería ser capaz de saber dónde está. • No hay mucho que ver. Un marco colgado sobre una tela marrón. Por lo visto, es un espacio solemne. Ligeramente acusador. • Veo colores. A la izquierda, la manga amarilla de la mujer, la forma trapezoide del respaldo de la silla, roja, y ese azul... Veo la suntuosa chaqueta de la cantante y un primer plano confuso, la alfombra oriental colocada sobre una mesa. Tres colores que, de alguna manera, danzan sobre la tela. Rojo, amarillo, azul: es Mondrian. • Tengo visiones de lo que se supone que está allí. Veo *El concierto*. Durante las visitas guiadas, lo muestro: “Aquí tenéis *El concierto*”. Pero no hay nada. Solo un espacio enmarcado que representa mi frustración. • Veo una especie de tapicería oscura un tanto siniestra. Me invita a poner lo que quiera en el marco, pero al mismo tiempo su negrura me impide imaginar algo en su interior. • Nunca he visto la obra, entonces veo las fotos tomadas en la escena del crimen. En medio de la sala, en el suelo, el marco y el cristal roto. La marca de tiza alrededor del cadáver, eso es lo que evoca ese marco. Aunque la marca no se borra nunca y tengo el cuerpo delante de los ojos todos los días. • Una imagen triste y nostálgica, texturas, matices, una luz suave que acaricia el terciopelo. Una sombra muy marcada a la derecha y, en pleno centro, horizontalmente, un rastro pálido. Veo una capa fina de polvo, sobre todo en el borde inferior derecho. El terciopelo es sobrio, sencillo, entonces me concentro en el marco, los esbozos de flores grabadas en oro, composiciones florales que parecen girasoles en los contornos. El exterior está cargado y el interior es tranquilo. Y, por una razón inexplicable, tengo la impresión de que el marco me observa. • Veo un marco que muestra una ausencia. Veo un placer negado a todos. Veo una ausencia indescriptible. Veo algo que no puedo ver. • Hoy solo veo terciopelo, pero hay mucho más que eso, por supuesto. • Como mi tarea es encontrar la obra, veo mi fracaso. Ese vacío ocupa mis pesadillas. Hay un coche y, sobre un asiento, un objeto cubierto con una bolsa de plástico. Levanto la bolsa y no es el cuadro que busco. Pero sé que un día, en plena noche, recibiré una llamada: “Vermeer ha vuelto”.

Daños colaterales, estatuas enemigas, 2003

sala 8

Representaciones icónicas mutiladas durante la Guerra Civil en España.

Daños colaterales, centro de diana, 2003

sala 9

Retratos de delincuentes fichados, utilizados como blancos para el entrenamiento de policías de la jefatura de la ciudad de M., Estados Unidos.

Inconcluso, 2003

Film, color, sonido, 30'

Realización: Sophie Calle y Fabio Balducci

En 1988, un banco estadounidense me invitó a realizar un proyecto in situ. Los cajeros automáticos del establecimiento estaban equipados con cámaras de vídeo que filmaban a los clientes mientras realizaban sus operaciones, sin que ellos lo supieran. Logré obtener algunas grabaciones. Me atraía la belleza de las imágenes, pero me parecía que, al utilizar documentos encontrados, sin que aportara nada de mi propia vida, me alejaba de mi estilo. Tenía que encontrar ideas para acompañar esos rostros. *Centro de diana* es una de esas ideas.

Quince años más tarde, decidí reconstruir la historia de la búsqueda, trazar la anatomía de un fracaso, liberarme al fin de esas imágenes. Claudicar ante su presencia.

Film, color, sonido, parcialmente subtulado, 35mm, 72'

Realización: Sophie Calle y Greg Shephard

Montaje: Michael Penhallow, Greg Shephard y Sophie Calle

Producción: Bohem Foundation, New York/Gemini Films

Postproducción: San Francisco Art Space

Vivíamos juntos desde hacía un año, pero nuestra relación se había degradado. Habíamos dejado de hablarnos totalmente. Yo soñaba con casarme con él. Él soñaba con hacer cine. Para convencerlo de cruzar Estados Unidos conmigo, le propuse que realizáramos una película durante el viaje. Aceptó. De nuestra ausencia de comunicación vino la idea de equiparnos cada uno con una cámara de vídeo y de convertirla en la única confidente de nuestras frustraciones al contarle secretamente todo lo que no podíamos decirnos. Una vez establecidas las reglas del juego, el 3 de enero de 1992 salimos de Nueva York en su Cadillac gris rumbo a California.

Sophie Calle, sin título, 2012

Film, color, sonido, 52'

Dirección: Victoria Clay Mendoza

Imágenes: Victoria Clay Mendoza y Fabio Balducci

Música original: "Pour Sophie et Victoria" (Stephan Eicher)

(P) y (C) Electric Unicorn

Producción: Folamour

País: Francia

Horarios de las sesiones:

12h15: *No Sex Last Night*

13h45: *Sophie Calle, sin título*

14h45: *No Sex Last Night*

16h15: *Sophie Calle, sin título*

17h15: *No Sex Last Night*

18h45: *Sophie Calle, sin título*

1 – *El divorcio*

En mis fantasías yo soy el hombre. Greg pronto se dio cuenta de ello. Quizá por eso un día me propuso que le hiciera mear. Se convirtió en nuestro ritual: me pegaba a él por detrás, le desabrochaba a ciegas el pantalón, cogía su pene, me esforzaba en colocarlo en la posición apropiada e intentaba apuntar bien. Luego lo guardaba despreocupadamente y le subía la bragueta. Poco después de separarnos le propuse que, como recuerdo, hiciéramos una foto de nuestro ritual. Y aceptó. Así pues, en un estudio de Brooklyn, ante el objetivo de la cámara, le hice mear en un cubo de plástico. La fotografía fue el pretexto para tocar su sexo por última vez. Esa misma noche, acepté el divorcio.

2 – *La nariz*

Tenía catorce años y mis abuelos deseaban corregir ciertas imperfecciones que veían en mí. Me reconstruirían la nariz, esconderían la cicatriz de mi pierna izquierda con un trozo de piel extraída del culo y de paso, quizá, me pegarían las orejas. Yo tenía mis dudas y quisieron tranquilizarme: podría echarme atrás hasta el último momento. Se concertó una cita con el doctor F., un famoso cirujano plástico. Fue él quien puso fin a mi indecisión. Dos días antes de la operación se suicidó.

3 – *El otro*

Aquel hombre me gustaba, pero en nuestra primera noche de amor me dio miedo mirarlo. Creía que todavía quería a Greg y temía que me invadiese la idea de que el hombre que estaba en mi cama no era el adecuado. Preferí cerrar los ojos, pero la incertidumbre persistió en la oscuridad. Un día cometí la torpeza de explicarle por qué mantenía los párpados cerrados en la cama. No permitió que supiera qué pensaba. Unos meses más tarde, al fin liberada del fantasma de Greg, abrí los ojos, segura de que era él a quien quería ver. No sabía que sería nuestra última noche: me iba a dejar. “Lo que ocurre está tan por delante de nosotros que resulta imposible alcanzarlo y conocer su verdadera apariencia”.

4 – *Los pechos milagrosos*

Cuando era adolescente estaba plana. Para imitar a mis amigas me compré un sujetador del que evidentemente no sacaba ningún provecho. Mi madre, que exhibía con orgullo un busto resplandeciente y nunca desaprovechaba una ocasión para soltar una pulla, lo llamaba el “sujetanada”. Todavía puedo oírla. Durante los años siguientes, sin prisas, mi pecho fue tomando cierto relieve, pero nada para emocionarse. De repente, en 1992 –la transformación duró seis meses–, empezó a crecer. Por su cuenta, sin tratamientos ni intervención externa, milagrosamente. Lo juro. Triunfante, aunque no del todo sorprendida, atribuí la hazaña a veinte años de frustración, codicia, fantasías y suspiros.

Recibí un mensaje electrónico diciéndome que todo había terminado.
No supe cómo responder.
Era casi como si no hubiera estado dirigido a mí.
Terminaba con la frase “Cuídate mucho”.
Y así lo hice.
Le pedí a 107 mujeres, elegidas por su profesión o
sus habilidades, que interpretaran la carta.
Que la analizaran, la comentaran, la bailaran, la cantaran.
La agotaran. Que la entendieran por mí. La respondieran por mí.
Era una forma de darme tiempo para cortar.
Una manera de cuidarme.

Esta exposición presenta una selección de 107 participantes en el proyecto. Las siguientes páginas incluyen las traducciones al español de algunas de las piezas que lo requieren.

MEDIADORA FAMILIAR, Maité Lassime

INVESTIGADORA EN LEXICONOMÍA, Micheline Renard

CORRECTORA DE ESTILO, Valérie Lermite

CARICATURISTA, Soledad Bravi

PERIODISTA DE AGENCIA DE PRENSA, Bénédicte Manier

JUEZ, X.

GRADUADA DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR, Mazarine Pinget

SEXÓLOGA, Catherine Solano

PSICOANALISTA, Marie-Magdeleine Lessana

EJECUTIVA DE PUBLICIDAD, Mercedes Erra

ABOGADA, Caroline Mérary

CAPTÁN DE POLICÍA, F. G.

TRABAJADORA SOCIAL DE LA CÁRCEL, M. L.

PERIODISTA, Florence Aubenas

CRIMINÓLOGA, Michèle Agrapart-Delmas

EXÉGETA DEL TALMUD, Eliette Abécassis

ADOLESCENTE, Anna Bouguereau

CAZATALENTOS, Christiane Cellier

FÍSICA, Françoise Balibar

ESPECIALISTA EN LITERATURA CONTEMPORÁNEA FRANCESA, Christiane Blot-Labarrère

FILÓSOFA, Catherine Malabou

FILÓSOFA MORAL, Sandra Laugier

ANTROPÓLOGA, Françoise Héritier

EXPERTA EN DERECHOS DE LA MUJER DE LA ONU, Françoise Gaspard

DISEÑADORA GRÁFICA, Raphaëlle Pinoncély

JEFA DE SUBEDICIÓN, Sabrina Champenois

ESCRITORA DE LIBROS INFANTILES, Marie Desplechin

MAESTRA DE KÍNDER, Laure Guy

COLEGIALA, Ambre

NOVELISTA, ESCRITORA LÍRICA, Marie Nimier

COMPOSITORA, C. Chassol

CONSULTORA DEL SAVOIR-VIVRE Y PROTOCOLO, Alette Eicher, Countess Von Toggenburg

EDITORIA, A. F.

NOVELISTAS DE ROMANCE, Anne y Marine Rambach

CLARIVIDENTE, Maud Kristen

OFICIAL DE INTELIGENCIA FRANCESA, Louise
PSIQUIATRA, Françoise Gorog
ETNOMETODÓLOGA, Barbara Olszewska
TRADUCTORA DE LENGUAJE SMS, Alice Lenay
HISTORIADORA, ESPECIALISTA EN EL SIGLO XVIII, Arlette Farge
ESCRITORA DE CRUCIGRAMAS, Catherine Carone
LINGÜISTA, SEMIÓLOGA, Irène Rosier-Catach
ANALISTA DE ESTILO, Françoise Gomez
SOCIÓLOGA, Nilufer Göle
TRADUCTORA, Adriana Hunter
LATINISTA, Anne-Marie Ozanam
JUGADORA DE AJEDREZ, Nathalie Franc
FILÓLOGA, Barbara Cassin
DIPLOMÁTICA, Leila Shahid
CURADORA, Christine Macel
CONTADORA, Sylvie Roch
POETA, Anne Portugal
ESCRITORA, ARTISTA DE PERFORMANCE, Chloé Delaume
MAESTRA EN IKEBANA, Marette Renaudin
MADRE, Monique Sindler
DISEÑADORA, Wakako Kishimoto
ESCRITORA, Christine Angot
ESCRITORA PÚBLICA, Rafaèle Decarpigny
LOCUTORA DE RADIO, Macha Béranger
GUIONISTA, Anne-Louise Trividic
DIRECTORA DE CINE, Lætitia Masson
ACTRIZ, Aurore Clément
DIRECTORA DE FOTOGRAFÍA, Caroline Champetier
INGENIERA DE SONIDO, Claudine Nougaret
PAYASA, Meriem Menant
ACTRIZ, Elsa Zylberstein
BAILARINA ESTRELLA DE LA ÓPERA DE PARÍS, Marie-Agnès Gillot
ACTRIZ, Jeanne Moreau
TIRADORA DE RIFLE, Sandy Morin
CANTANTE, Guesch Patti
ACTRIZ CÓMICA, Luciana Littizzetto
CANTANTE DE ÓPERA, Natalie Dessay
ACTRIZ, Amira Casar
ACTRIZ, Miranda Richardson

ARTISTA DE PERFORMANCE, Marie Cool
ACTRIZ, Yolande Moreau
MÚSICA, Feist
ACTRIZ, Emmanuelle Laborit
CANTANTE POP, Christina Rosevinge
MAGA, Elisabeth Amato
CANTANTE, Camille
ACTRIZ, Arielle Dombasle
MARIONETA BUNRAKU, “Sophie,” manejada por Kiritake Kanjuro III
COMPOSITORA, Laurie Anderson
BAILARINA DE BHARATA NATYAM, Priyadarsini Govind
CANTANTE PETROQUÍMICA, Poney P. (de Les Georges Leningrad)
ACTRIZ, Fatemeh Motamed Arya
ACTRIZ, Michèle Laroque
CANTANTE DE TANGO, Débora Russ
ACTRIZ, Victoria Abril
ACTRIZ, Maria de Medeiros
CANTANTE DE ÓPERA, Caroline Casadesus
ACTRIZ, Ariane Ascaride
CANTANTE DE SOUL, Nicole Willis
VOCALISTA DJ, Miss Kittin
CANTANTE, ACTRIZ, Elli Medeiros
MARIONETISTA DEL “JARDIN D’ACCLIMATATION”, PARÍS, Madelon
ACTRIZ, Ingrid Caven
CANTANTE ELECTRO-ANDALUZA, Sapho
ACTRIZ, Ovidie
VOCALISTA, COMPOSITORA, Sussan Deyhim
RAPERA, Diam’s
CANTANTE DE FADO, Misia
ACTRIZ, Dinara Droukarova
MÚSICA, Peaches
LORA, Brenda

Querida,

me temo que él realmente es, y siempre lo será, un hombre de letras y no un hombre sencillo.

Puedo entender tu tristeza y, no obstante, esta carta que apesta a auto-obsesión no me sorprende.

Ahora bien, en su defensa, hace las cosas correctamente: “intranquilo” (no está mal), “farsa” (trágico), “no tiene remedio” (solemne)...

Ciertamente posee talento literario, y ¡qué bendición es eso! Introducirse en el cuerpo de Benjamin Constant y componer una carta de ruptura donde la palabra maestra, AMOR, se conjuga en todos los tiempos del indicativo. Como lo diría Woody Allen, “Todo mundo dice “te amo”.

Comparto tu desilusión ante todo esto, pero no dramaticemos demasiado.

Su “amor” duró solamente tres o cuatro temporadas, y ni siquiera vivieron juntos. Si hubieras pasado veinticinco años con un hombre y él te hubiera dejado por una chiquilla a causa de la crisis de los cuarenta —el escenario clásico— habría resultado infinitamente más hiriente. Piensa que la que tú tienes es la mejor clase de carta.

Un músico te habría dicho que había escuchado una nota falsa en su corazón.

Un plomero habría hablado de cómo sus sentimientos gotearon hasta secarse, un electricista habría mencionado un “corto circuito” súbito y el representante de una tienda de línea blanca para el hogar habría invocado el vencimiento de la garantía. Recordemos nuestros viejos proverbios: “un clavo saca a otro clavo”, “un mal por un bien”, etc.

Con lo guapa, famosa e inteligente que eres, pronto encontrarás a alguien mejor. Y hablando de que te dejen “plantada”, recuerdo que cuando era joven tuve que enfrentarme al “Eres demasiado buena para mí”. Más adelante, sufrí desengaños más fuertes, pero lamento mis lamentos. A pesar de la humillación y la rabia, era necesario sacarle el máximo provecho, y yo lo hice.

Tú te vas, se te van, esas son las reglas del juego, y para ti este rompimiento podría ser fuente de una obra de arte nueva —¿me equivoco?

Te quiero,

La madre

INVESTIGADORA EN LEXICOMETRÍA

Micheline Renard

Longitud de las frases que componen el texto

Tiempo verbal

Fonética

s0fi
aI h&v bin minIN tu raIt &nd repli tu jur l&st emeIl fOr @ hwaIl &t D@ seIm taIm aI TOt
It wUd bi bett3 tu tOk tu ju &nd tel ju hw0t aI h&v tu seI aUt laUdstIl &t list It wIl bi rItten
&z ju h&v n0tIst aI h&v n0t bin kwaIt raIt risentli. &z If aI n@U lONg3 rik0gnaIzt maIself
In maI @Un eksIstens eI t3rIb@l filIN @v &nksaleti hwItS aI k&nn0t rili falt VD3 D&n
kipIN 0n g@UIN tu traI &nd @Uv3telk It &z aI OlweIs h&v d@Un. hwen wi met ju leId
daUn wVn k0ndIS@n: n0t tu bIkVm D@ 0r eff @Uh ju 0r ti eItS ez fUl st0p aI stUd baI
D&t pr0maIz It h&z bin mVnTs naU sIns aI h&v sin D@ 0r @Uh ti eItS i 0r ez ez k0m@
bIkOz aI 0bvI@sli kUd faInd n@U weI @v siIN Dem wITaUt meIkIN ju wVn @v Dem aI
TOt D&t wUd bi enVf aI TOt D&t IVvIN ju &nd jur IVv wUd bi enVf s@U D&t DIs &nk-
saIeti hwItS k0nst&ntli draIvz mi tu lUk f3D3 eIfield &nd hwItS minz aI wIl nev3 fil kwaIet
&nd &t rest Or pr0b&bli iven dZVst h&ppi Or 0r dZi i en i 0r @Uh ju ez ez wUd bi kOlmd
hwen aI w0z wIT ju wIT D@ s3teInti D&t D@ IVv ju h&v fOr mi w0z D@ best fOr mi D@
best aI h&v ev3 h&d ju n@U D&t. aI TOt D&t maI raItIN wUd bi @ rImedi D&t maI 0r di
aI ez kdZu ju aI i ti ez wUd dIs0lv Intu It s@U D&t aI kUd faInd ju. bVt n@U. In f&kt It
iven bIkEIm w3s aI k&nn0t iven tel ju D@ sOrt @v steIt aI fil aI &m In. s@U aI st0rtId
kOIIN D@ 0r @Uh ti eItS i 0r ez ez @gen DIs wik. &nd aI n@U hw0t D&t minz tu mi
&nd D@ sIkli D&t It wIl dr&g mi IntuaI h&v nev3 laId tu ju &nd aI du n0t Intend tu st0rt
laIIN naU Der w0z &nVD3 rul D&t ju leId daUn &t D@ bIgInnIN @v aUr &ffer D@
deI wi st0ppt biIN IVv3z ju wUd n@U lONg3 bi eIb@l tu envaIzIdZ siIN mi. ju n@U DIs
k0nstreInt k&n @Unli ev3 stralk mi &z daIz&str@s &nd VndZVst hwen ju stIl si bi &nd
0r aI kl@Uz perenTezIs &nd Vnd3st&nd@b@l @Uh bi vi aI @Uh ju ez el hwaI aI. s@U aI
k&n nev3 bIkVm jur friend bVt naU ju k&n gOdZ haU sIgnIfaIk&nt maI dIsIZ@n Iz fr0m
D@ f&kt D&t aI &m preperd tu bend tu jur wIl iven D@U Der 0r s@U meni TINz n0t siIN
ju Or tOkIN tu ju Or k&ttSIN D@ weI ju lUk &t pip@l &nd TINz &nd jur dZent@lines
t@ U0rdz mi D&t aI wIl mIs t3rIbli hw0tev3 h&ppenz rimemb3 D&t aI wIl OlweIs IVv ju In
D@ seIm weI maI @Un weI D&t aI h&v ev3 sIns aI f3st met ju D&t It wIl k&ri 0n wITIn
mi &nd aI &m S3 wIl nev3 daI bVt It wUd bi D@ w3st kaInd @v m&skw3eId tu pr0lON
@ saItSueIS@n naU hwen ju n@U &z wel &z aI du It h&z bIkVm 3reper@b@l baI D@
st&nd0rdz @v D@ v3i IVv aI h&v fOr ju &nd ju h&v fOr mi @ IVv hwItS Iz naU fOrsIN
mi tu bi s@U fr&Nk wIT ju &z faIn@l pruf @v hw0t h&ppind betwin Vs &nd wIl OlweIs bi
junik
aI wUd h&v laIkt TINz tu h&v t3nd aUt dIffirentli
teIk ker @v jurselF

Intertextualidad

JUEZ

X.

Un jurista va a ver esta carta seguramente como la ilustración de los principios fundamentales de las leyes civiles en tanto cuanto le concierne a la conclusión e implementación de contratos.

¿Qué es un contrato? Es el acuerdo voluntario entre dos personas cuyo consentimiento de ser libre y consciente, con el objeto de crear una cierta situación y organizar con precisión las reglas a las cuales funciona. Cada una de las partes entiende que se beneficiará del contrato, pero, a cambio, estará sujeta a ciertas obligaciones.

El receptor de esta carta había establecido la condición de que al concluir el contrato amoroso con el remitente: la amante no puede convertirse en “cuarta”. Es claro que el amante encontró esta condición severa desde el principio. Sin embargo la aceptó, a sabiendas que sin este compromiso de su parte, el contrato no hubiera sido firmado.

Habiéndose apegado al contrato por un tiempo, el amante está a punto de romper esta cláusula fundamental del mismo a sabiendas que hacerlo es irreversible. La otra parte del contrato estará en su derecho de establecer este como motivo de rescisión, es decir, anulación del contrato.

Por lo tanto, llevado por la honestidad o la prisa, el autor de la carta anticipa la rescisión del contrato.

Un jurista también apuntará a la extrema contractualización de la relación. Pues no solamente se acordó precisamente en las reglas que la gobiernan, sino que las reglas gobiernan asimismo el futuro de la relación: la relación amorosa no podrá bajo ninguna circunstancia seguirse de una amistad.

Una vez más, esta estipulación le resultó difícil de aceptar al autor de la carta, en especial porque le pareció injusta ya que, al parecer, la amante no la había aplicado a sí misma en el caso de sus relaciones previas. Esta circunstancia no es relevante, sin embargo, en tanto cuanto el amante aceptó la condición, pues —este es otro principio legal— no importa si el original mostraba un desequilibrio objetivo si este desequilibrio era conocido y aceptado por la parte que experimentaría sus efectos: el acuerdo es tal simplemente por virtud de haberse consentido.

CORRECTORA DE ESTILO

Valérie Lermite

Puntuación: la he cambiado
solo donde era necesario.

Cambiar todos los apóstrofes
Cambiar todas las comillas

propuesta

Frase
larga,
mal construida

cierto

Frase
inicial
inconsistente

Repetición
liosa

Alinear
a la derecha

Un texto corto y repetitivo. He reunido
todas las repeticiones y subrayado en naranja
las conjugaciones del verbo *saber*,
y en amarillo, las conjugaciones del verbo *decir*.

CRIMINÓLOGA

Michèle Agrapart-Delmas

Análisis de una carta anónima

Esta carta, si es auténtica, fue escrita aparentemente por un manipulador, un seductor, cuyas relaciones con otras están basadas en la dominación y poder. Este poder es no-agresivo, suave y sutil, el ascendente poder de labia, pero es muy efectivo porque se las arregla para exonerarse de cualquiera de sus actos que pueden ser percibidos como negativos, para hacer sentir culpable a su interlocutor y así posicionarse como una víctima.

Tenía la intención de escribir, de responder, claro que él es sincero y tiene las mejores intenciones, pero... no lo hizo, y por otra parte, puesto que parece incapaz de lidiar con el conflicto, su escritura es deliberadamente evasiva, manteniendo así una distancia hacia cualquier percepción, cualquier juicio que pudiera empañar su imagen.

Ciertamente, él está terminando la aventura, pero es solo “por honestidad, porque ha hecho una promesa y está al pie de esa promesa”. Y si ha empezado a ver a las otras, de nuevo, es porque “no ha estado del todo bien”.

Sexualidad ansiolítica. Él está enfermo, angustiado y solo las voces de las otras amantes pueden aliviar este malestar.

El puede verte a los ojos y **mentir**. Él quiere proyectar la imagen de una persona frágil, amable, mal al rechazo, que reconoce y defiere a sus impulsos, y es solo la ansiedad, por la que no puede, claro, hacerse responsable, la que lo sumerge a esta obra maestra de la bajeza, de dominación y de manipulación. No es su culpa, no lo hizo a propósito, pero seguramente lo hará de nuevo.

Se presenta así mismo como un hombre infeliz... por su supuesta fidelidad, cuya autenticidad –entre paréntesis– deberá ser verificada de inmediato.

Así, porque llamó a las otras, ha roto su promesa, lo cual lo obliga a terminar la relación, y en consecuencia a deshacerse de la mujer que presumiblemente, le impuso ciertas restricciones. **Y no le gustan las restricciones o las órdenes.**

De paso, da un pequeño golpe –“puesto que sigue viendo a B. y R.”- poniendo así a su interlocutor en el papel de criminal.

Y “si no puede seguir viéndola, claro, él sufrirá”, pero rápidamente cumple con la decisión de ella de dejar de verse, y la hace sentir un poco más culpable diciéndole que “la extrañará”. Sin duda la mujer a la que le está escribiendo para halagarse no puede importarle su daño y la frustración engendrada por el dolor que le está causando.

Te estoy destruyendo, te estoy desgarrándote, te estoy rompiendo, pero, lo que sea que pase, ¡cuídese mucho!

Finalmente, un pequeño refrán romántico: “Te amo, siempre te amaré, etc., etc.” Parece como si ella le hubiera dejado a él. Los roles se cambian.

Él es un hombre inteligente, cultivado, con buen bagaje sociocultural, elegante, encantador y seductor, con una sutil, bastante sutil, inteligencia, más bien abstracta. Es orgulloso, narcisista y egocéntrico (él dice “yo” más de treinta veces en una carta de 23 frases). Es posible que haya estudiado literatura. Probablemente prefiere el jazz que el rock. Puedo imaginarlo usando un sueter tipo polo más que un traje y corbata.

Debe de tener una cocina pequeña y cocinar ricas comidas. Debe ser atractivo pero no con una belleza clásica.

Es un auténtico manipulador, perverso, psicológicamente peligroso y/o un buen escritor.

Que hay que evitar a toda costa.

JEFA DE SUBEDICIÓN
Sabrina Champenois

El infierno,
sin los otros

El amante pérfido
clama que el motivo
es el respeto a
su pacto original.
¿Honestidad
o cobardía?

CURADORA
Christine Macel

Mientras más leo la carta de X., más me conmueve. Me gustaría que cada visitante se sintiera del mismo modo. La mejor manera de lograrlo sería haciendo una pila de facsimilares que la gente pudieran llevarse para leer en privado. La carta deberá ser exhibida y distribuida en un espacio público.

¿Cobardía o sublimidad?

CAPITANA DE POLICÍA
F. G.

La Capitan de policía a

Asunto: carta de rompimiento de Monsieur X.

Anexo: un dossier

Por favor, encuentre abajo mis observaciones sobre el tema de la carta de despedida de su ex amante.

En lo referente al texto, debe notarse que el malestar del autor es característico de una actitud muy propagada entre los varones franceses:

- Un rechazo al compromiso y una vagancia sexual favorecidos por dos factores perennes y cuantificables. Hay más mujeres que hombres, y esto empieza a la edad de 20 años. En París, cuarenta y seis por ciento de la población está compuesta por hombres y, por lo tanto, cincuenta y cuatro por ciento son mujeres (estadísticas oficiales).
- Al llegar a la edad de 40 una mujer que desea casarse tiene la misma oportunidad de encontrar un esposo que de tener un accidente de auto.
- A la tasa de mortalidad más alta entre los varones, de todas las edades, deberá añadirse la homosexualidad, que sustrae aún más hombre del mercado del amor.

Los hombres están, por lo tanto, en una posición de poder con respecto a las mujeres, pues, como todos saben, lo escaso es precioso. La insatisfacción congénita que el autor de la misiva sufre está alimentada naturalmente por esta profusión de mujeres a su alrededor. De la manera en que lo veo, esta carta también suscita preguntas importantes sobre la naturaleza de las relaciones amorosas, pero si se ha cometido alguna ofensa, esta no es criminal.

Entiendo la queja de Madame Calle, pero en términos penales no es admisible, puesto que parece no haber pérdidas económicas, y en cuanto al perjuicio moral, este es inherente a toda relación amorosa, pues ¿acaso no nos enamoramos bajo nuestro propio riesgo?

Capitana de la Policia

CONSULTORA DEL SAVOIR VIVRE
Alette Eicher, Condesa de Toggenburg

Sophie, El título resulta algo gratuito.

Llevo un rato queriendo escribirle y contestar a su último e-mail. El debió haberte contestado al momento.

Al mismo tiempo, me parecía mejor hablar con usted y decir lo que tengo que decirle de viva voz. Oración torpe: pesada, poco elegante.

Por los menos esto quedará ya escrito. ¿Y luego qué?

Como ya sabe, últimamente me he sentido mal ¡Ay, pobrecito!

Como si ya no fuese yo mismo en mi propia existencia. Qué nos importa; él no debería hablar de sí mismo.

Una especie de angustia terrible contra la que poco puedo hacer salvo avanzar a toda prisa en un intento por dejarla atrás, como he hecho siempre. Estas cosas deberían mantenerse privadas. A él no le está permitido mostrar sus preocupacioncillas.

Cuando nos conocimos, puso una condición: no convertirse en la “cuarta”. Qué mal de tu parte! La dama nunca debería verse en la necesidad de poner condiciones. Él mismo debió haberte hecho este ofrecimiento con la mayor discreción.

He respetado el compromiso: ya hace meses que dejé de ver a las “otras”, puesto que no tenía forma de seguir frecuentándolas sin convertirla a usted en una de ellas. Que torpe mencionar esas otras relaciones una vez más, y es insultante sugerir que Madame pudiera ser una de ellas.

Creía que eso sería bastante, creía que el quererla yo y el quererme usted bastaría para que la angustia que me empuja siempre a buscar en otros lugares y me impide por siempre jamás estar tranquilo y sin dudarle ser simplemente feliz y “generoso” se calmase con su presencia y con la certeza de que el amor que me aportaba era lo más beneficioso para mí, lo más beneficioso que haya conocido jamás, como bien sabe. Esta oración está pobremente construida, y él está hablándole a la persona equivocada: el amor no debe ser utilizado como remedio para su malestar y el Otro tampoco está ahí para sanarlo. Al contrario, él debería darle al Otro, en este caso, elevarla, elogiándola y respetándola.

Pensé que escribir pondría remedio, que disolvería mi “intranquilidad” y me permitiría ir a su encuentro. Pero no. Me siento aún peor, no puedo ni decirle en qué estado me encuentro. Así, esta semana, empecé de nuevo a llamar a las “otras”. Nunca utilices expresiones excesivamente egocéntricas y pomposas salpimentadas con “mí”, “me” y “yo”, como “mi desasosiego” o “en qué clase de estado siento que me encuentro”.

Así, esta semana, empecé de nuevo a llamar a las “otras”. Sé lo que eso significa para mí y a que ciclo me arrastrará. Estos comentarios son inútiles, hirientes y humillantes.

No le he mentado nunca y no estoy dispuesto a empezar a hacerlo hoy. Bueno, pero él pudo haberse ahorrado estas protestas de honestidad y estas justificaciones que disfrazan apenas su tremenda falta de consideración por el Otro.

Al principio de nuestra relación, usted había anunciado otra regla: que el día en que dejásemos de ser amantes, no se plantearía volver a verme. Y con razón. El amor y la amistad no deben confundirse. Son dos áreas con contenidos muy distintos.

Sabe hasta qué punto esta imposición me resulta desastrosa, injusta (puesto que sigue viendo a B., R., ...) y comprensible (evidentemente...) ¡Pobre víctima!

De tal manera que no podré nunca contarme entre tus amigos. Pero hoy, el hecho de que

acepte plegarme a su voluntad (hipócrita), a pesar de que echaré terriblemente en falta verla, hablar con usted, aprehender su visión de las cosas y los seres y su dulzura conmigo da cuenta de la importancia de la decisión que tomo. Qué expresión tan extraña, una vez más poniéndose a sí mismo en el centro de todo.

Pase lo que pase, tenga presente que no dejaré de amarla de ese modo que me es propio (exacto, habría sido mejor si esa “manera” hubiera sido algo distinta) como lo hice desde que la conocí, un modo que seguirá vivo en mí y, estoy seguro, no morirá ¡Sublime!

Pero hoy, sería la peor de las farsas tratar de prolongar una situación que, lo sabe tan bien como yo, ya no tiene remedio por respeto al amor que le tengo (que aparentemente no es sinónimo ni de respeto ni de compromiso emocional) y al amor que me tiene (muy presuntuoso) y que me obliga ahora a ser franco con usted (el término es una vez más realmente superfluo y suena a restricción), como un último tributo a lo que compartimos y que será, por siempre, algo único. Desafortunadamente es imposible regocijarse en esto.

Me habría gustado que las cosas fuesen de otro modo. Sí, claro: échale la culpa a tu Mamá, el Sacerdote, el Presidente, a Madonna, a tu lectura de Don Juan, las revueltas en los suburbios y quién sabe qué más.

Cuídese mucho. Finalmente piensa en alguien más que en sí mismo.

X

OFICIAL DE INTELIGENCIA FRANCESA

Louise

Carta codificada mediante el sistema de codificación Vigenère

La palabra clave elegida para la descodificación fue *ruptura*.

FEQÑZI,

MMTBE OR YPSE DUTYZTRZE TFUYZJZYMT W UERSTFSPY P FO OMSZXE
T-XPZM. PM XZFXE SZTXQE, XT QPYTUZP XTHEY ÑPJMPY UER OFSTI W ITUZY
ME DOT STRJE DUT ITUZYMT IT BZBP BEC. QOY ME XTREF TFSE DOTIPYP WP
TFKYZSE. UEXE WP FPJT, ÚMSZXPXTRIT XT ÑT FTRSZIO XPM. UEXE FZ WP RE
VOTFT WE XZFXE TR XZ QYEQZP TNZFSTRKZP. ORP TFQTUZI IT PRJOFSZP
STYYVJMT UERTYP MP DOT QEUE QOTIE ÑPUTY FPMBE PBPRCPY P SOIP QYZFP
TR OR ZRSTRSE QEOR ITHPYMP PSYPF, UEME ÑT ÑTUÑO FZTXQYT. UOPRIE
REF UEREUZMOF, QOFE ORP UORZIUZER: RE UORBTYSZYFT TR MP “UOPYSP”.
ÑT YTFQTSPIE TM UOMQYEXZFE: WP ÑPUT MFTS DOT ITHT IT BTY P MPS
“ESYPF”, QOTFSE DOT RE STRZP VEYMP IT FTJOZY VYTUOSRTPRIEMPF FZR
UORBTYSZYMP P OFSTI TR ORP IT TMMPF. UYTZP DOT TFE FTYZP JPFSPRST,
UYTZP DOT TM DOTRYRMP WE W TM DOTYTYXT OFSTI JPFSPYZP QPYP QUT MP
PRJOFSZP DUT XT TXQOJP FZTXQYT P JOFUPY TR ETYEF MOJPTYF W XT ZXQZIT
QOR FZTXQYT HPXPF TFTPY SYPRDOZMO W FZR IOIPYME FTY FZXQMTXTRST
VTMZC W “JTRTYEFE” FT UPMMPFT UER FO QYTFTRUZP W UER MP UTYSTCP
IT DOT TM PXEY DOT XT PQEYSPJP TYP ME XPF JTRTVZUZESE QPYP XZ, ME
XPS JTRTVZUZEFE DOT ÑPWP UEREUZIE HPXPF, UEXE JZTR FPJT. QTRFT DOT
TFURZJZY QERIYZP YTXTIZE, DOT IZFEMBTYZP XZ “ZRSRPYQOZMZIP” W XT
QTRXZSZYZP ZY P FO TRUOTRSYE. QTRE RE. XT FZTRTE POR QTER, RE QOTIE
RZ ITUZRMT TR DOT TFSPIE MT TRKOTRSYE. PFZ, TFSF FTXPRP, TXQTUT IT
ROTB E P MMPXPR P MPS “ESYPF”. FT ME DUT TFE FZJRZVZUP QPYP XZ W P DOT
UZUME XT PYVPSRPRP. RE MT ÑT XTRSIE RORUP W RE TFSEW IZFQOTFSE
P TXQTCY P ÑPUTYME ÑEW. PM QYZRUZQZE IT OTFTYP YTMPUZER, OFSTI
ÑPJZP PRORUZPIO ESYP YTJMP: DOT TM IZP TR DOT ITHPFTMEF IT FTY
PXPRSTF, RE FT QMPRSTPYZP BEMBTY P BTYXT. FPJT ÑPFSP DUT QORSE TFSF
ZXQEFZUZER XT YTFOMSP ITFPSSYEF, ZRHOFSP (QOTFSE DOT FZJOT BZTRIE
P H., Y., ...) W UEXQYTRFZJMT (TBZITRTXTRST...); IT MEIE DOT RE QEIYZP
RORUP UERBTYSZRXT TR PXZJE FOWE. QTYE ÑEW, TM ÑTUÑE IT DOT PUTQST
QMTJPYXT P FO BEMORTPI, P QTFPY IT DOT TUÑPYT STYYZJMTXTRST TR
VPMSF BTYMP, ÑQJMPY UER OFITI, PQYTÑTRITY FO BZSZER IT MPF UEPF W
MES FTYTF W FO IOMCOYP UERXZJO IP UOTRSP IT MP ZXQEYSRUZP IT MP
ITUZFZER DOT SEXE. QPFT ME DOT QPFT, STRJP QYTFTRST DOT RE ITHPYT IT
PXPYMP IT TFT XEIE DOT XT TF QYEQZE UEXE ME ÑZUT ITFIT DUT MP UEREUZ,
OR XEIE DUT FTJOVYP BZBE TR XZ W, TFEW FTJORE, RE XEYZYP. QTYE ÑEW,
FTYZP MP QTEY IT MPS VPYFPF SYSPY IT QREMERJPY ORP FZSOPUZER DUT,
ME FPJT SPRJZTR UEXE WE, WP RE SZTRT YTXTIZE QER YTFQTSE PM PXEY DUT
MT STRJE W PM PXEY DUT XT SZTRT WDUT XT EJMZJP PÑEYP P FTY VYPRUE
UER OFSTI, UEXE OR OMSZME TYZJOTE P ME DUT UEXPQYSZMEF W DUT FTYP,
QEY FZTXQYT, PMJE ORZUE.

MT ÑOJZTFT JOFSPIE DUT MPF UOPF VOTSTR IT ESRE MEIE. KOZITFT XUKÑE.

N

EXPERTA EN DERECHOS DE LA MUJER DE LA ONU
Françoise Gaspard

UF

ETNOMETODÓLOGA

Barbara Olszewska

La lógica de la ruptura: cómo leer una separación a partir de la tecnología

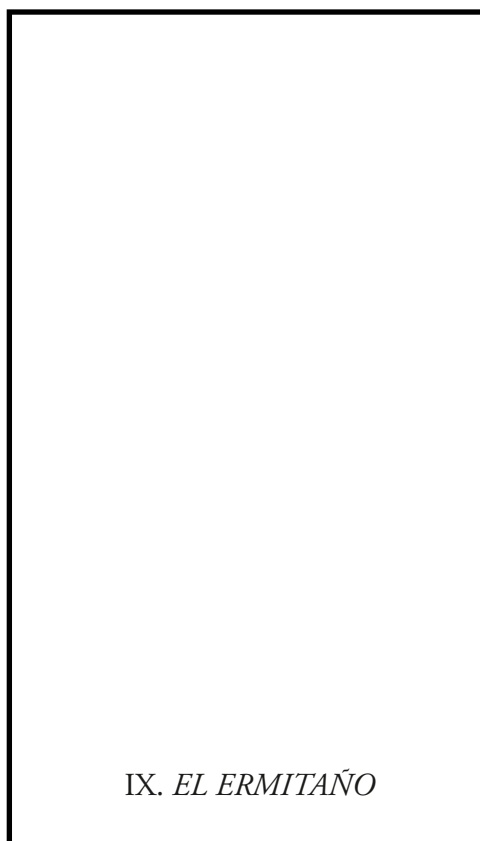
: (clic clic clic) el día que dejásemos de ser amantes, _____ [clic clic clic clic clic] (pérdida del texto, rápido deslizamiento hacia arriba, buscando) y no puedo ni decirle en qué estado me encuentro. Sabe hasta qué punto esta imposición me resulta desastrosa, injusta (clic): cuando usted sigue : viendo _____ B__ y R __ ...) {y comprensible (evidentemente...)} (omisión) ; __ (clic) de modo que no podría (clic) nunca convertirme en amigo suyo. Pero hoy, el hecho (clic) de que acepte plegarme a su voluntad, a pesar de que echaré terriblemente en falta verla____[clic clic clic clic clic], hablar con usted, aprehender su visión de las cosas y los seres y su dulzura conmigo __ (clic) da cuenta de la importancia de la decisión (clic) que tomo (me perdí otra vez)

CLARIVIDENTE

Maud Kristen

Puse el texto frente a mí.
Decidí leer las cartas. Las revolví y las puse boca abajo.
Entonces escogí cinco de ellas.
Las coloqué en cruz y pregunté:
¿QUE SE ESCONDE DETRÁS DE ESTAS CARTAS?

Echemos un vistazo a las cartas. Son desfavorables.



Un viejo hombre encapuchado ubicado
en la noche a solas con su linterna.
En su desencantada soledad no hay mucho
espacio para el amor.

ESTAS NO SON LAS PALABRAS DE UN HOMBRE FELIZ,
PORQUE ES ERMITAÑO.

Acosado por los animales, él ciegamente busca
a tientas encontrar su camino.
Mórbidamente inestable, es una paja en el viento.

XXII. *EL TONTO*

ESTAS NO SON LAS PALABRAS DE UN HOMBRE CONSTANTE,
PORQUE ES UN TONTO.

LA EMPERATRIZ
ELLA DOMINA LA RETÓRICA.

III. *LA EMPERATRIZ*

Fue con la colaboración de la emperatriz –patrona de los escritores– y su inteligencia con el lenguaje con lo que se las arregló para componer esta carta.

Los lobos aúllan a la luna frente al reflejo ilusorio de una mujer desnuda en el agua...
Estamos entre mentiras e ilusiones, entre el miedo al espejo y la fascinación narcisista,
entre confusión y complacencia.

XVIII. *LA LUNA*

ESTAS NO SON PALABRAS DE UN HOMBRE SINCERO,
POR CULPA DE LA LUNA.

ESTAS NO SON LAS PALABRAS DE UN HOMBRE LIBRE Y ADULTO,
POR CULPA DE EL HOMBRE COLGADO

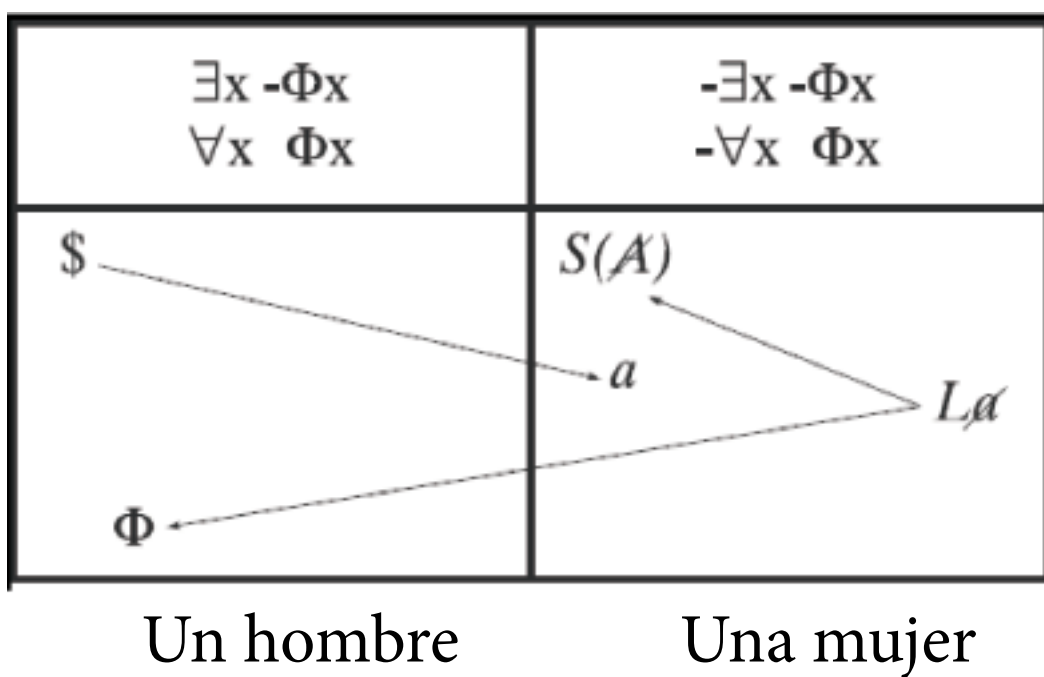
XII. *EL HOMBRE COLGADO*

Ninguna de las cartas hablan del deseo, el amor o recuerdos.

Frente a la confusión de la LUNA, la distracción y la poligamia de los necios, el agotamiento, cansancio y desinterés en otros del ERMITAÑO, la desesperación suicida del AHORCADO, trata a través de la EMPERATRIZ de hacer un último esfuerzo por explicar.

Lo que se esconde detrás de esta carta es peor que lo que dice.

Es la carta de un hombre que está desesperado y amenazado, que tuvo que luchar mucho para expresarse.



No veo por qué habría de recetarle antidepresivos. Usted está nada más triste. Un evento penoso duele, pero la solución apropiada no es química. Estoy segura de que usted es lo suficientemente fuerte para seguir adelante y encontrar dentro de sí los recursos para actuar y reaccionar.

Al principio hice un texto donde despreciaba la carta. Sentí que había demasiada gramática, demasiada elegancia, demasiada pose. Y recordé lo mucho que Sophie odia la elocuencia. Cito el pasaje, que mas bien me gustaba en el tiempo. Tenía la sensación de habérmelas arreglado bastante bien con las condiciones, con el favor que Sophie había pedido a todas estas mujeres. El resultado fue, la versión dura, Sophie le gusta el texto en esa forma, la versión dura, era más visual con las tachaduras, los colores:

1

Una tarde, a finales de abril de 2005, inmersas en otro tema –no hablábamos de ello–, ocho de nosotras estábamos sentadas alrededor de una mesa. Había sido un día bastante triste, difícil; lo cierto es que yo estaba deprimida, desesperada incluso –decía Sophie–, creo que hablábamos de un periodista de France Culture que todas admiraban porque cuando hablaba era brillante, interesante, no sé, pero a Sophie ese hombre no le gustaba. Decía que no le gustaba la forma en que utilizaba la lengua, la cultura, los conocimientos, porque los usaba para dominar a los oyentes, los convertía en una arma para neutralizar cualquier idea procedente de la otra parte con una argumentación implacable, por el hecho de conocer uno u otro dato y saber cómo expresarlo. Pero todas las demás de la mesa seguían defendiéndolo, no veían a qué se refería ella. Yo sí. Al final, muy agresiva, dijo: “La elocuencia es insoportable”. E inmediatamente añadió: “Odio la elocuencia”. Fui a buscar mi bolso, que había dejado junto a la escalera, y saqué mi diario para anotar esas dos declaraciones inmediatamente, mientras me decía a mí misma que eso (que eso sería) el comentario sobre la carta de ruptura de *Monsieur X*.

La elocuencia es insoportable. Odio la elocuencia. Yo también. Odio la retórica. Odio los argumentos expuestos uno tras otro. Odio el uso de la gramática en este sentido, cuando hay demasiada, cuando hay tanta, tanta y tanta gramática. Y para este propósito, además. Odio (no me gusta) a la gente que manipula el lenguaje, la gramática, el vocabulario, los tiempos verbales, los pronombres. Odio a la gente que emite mensajes con la seguridad que supuestamente obtienen de la sinceridad implacable de su razonamiento perfecto, reforzado por su expresión, también perfecta. Odio a la gente que da la lata sobre su forma de ver las cosas con frases amables; odio a la gente que piensa lo que escribe; odio a la gente que no titubea. Odio todo eso. Esa noche, esa noche de abril del 2005, yo justo acababa de romper con alguien; la relación había empezado tres días antes, con alguien que no era así en absoluto. Él solo...

Después de que había dos páginas que rompí. Sophie quería mostrarlas. La cuarta había sido trabajada, yo no había decidido todavía. Probablemente iba a romperla también. Yo no sabía exactamente lo que iba a hacer. Pero sabía que algo no estaba bien.

Entonces algunos meses más tarde releí la carta de X. Meses durante los cuales yo había cambiado. Y todo lo que había escrito me pareció absurdo. Estúpido, ciego e incluso peligroso; me faltaba lucidez en demasía. Ni siquiera había leído la palabra “ansiedad” bien en la carta de X. Si Sophie lo hubiera amado tanto como decía, no habría convocado a todo un escuadrón de mujeres para ayudarla a superarlo. Habría tratado claro de sobreponerse, tienes que hacerlo, pero no así, rodeada de mujeres.

Un escuadrón de mujeres, eso es lo que somos, con nuestros textos patéticos o nuestras interpretaciones, peleándonos con el hombre, para perseguirlo y empequeñecerlo. Debí haberle dicho a Sophie y se lo digo ahora: cuídate de todas esas mujeres juntas. Evítalas. La mayoría quiere transformar a los hombres en mujeres, han dedicado sus vidas a eso, las vuelve locas ser mujeres, no pueden consentirlo. No te van a ayudar a convertirte en mujer, una mujer real, es decir, alguien que no tiene nada, ni palabras, ni poder sobre nada, una mujer real buena e indefensa. No te van a ayudar, se enojan con el vacío, la carencia.

No te van a ayudar, seguirán diciéndote “que te cuides mucho” cuando no tienes nada que cuidarte. No tienes nada. Tienes un hoyo, tienes una carencia, eso es todo. Eres una artista, eso no te otorga poder, pero sí gracia, cada vez que veo tu obra, me encuentro, no sé cómo decir esto... a la vez conmovida y llena de admiración. Pero las mujeres juntas lo único que desean es que los hombres desaparezcan, que se conviertan en fantasmas, allá lejos.

El coro que has formado alrededor de esta carta es el coro de la muerte.

ADOLESCENTE
Anna Bouguereau

¡Él cree que es estupendo!

ESCRITORA DE LIBROS PARA NIÑOS

Marie Desplechin

La pluma del Diablo

Un pobre viudo, sintiendo que habían llegado ya sus últimos momentos, mandó llamar a su único hijo a su lado. “Hijo mío”, no tengo nada para heredarte”, le dijo, “a excepción de esta vara de avellano que me dejó tu madre. Cuidala mucho ya que te concederá tres deseos. Pero también mantente muy alerta ya que el Diablo le ha lanzado un maleficio”.

Y con estas palabras expiró, dejando a su hijo profundamente infeliz.

Llorando copiosamente, el joven cortó dos ramas de roble e hizo una cruz con ellas. Después, laboriosamente, cavó un hoyo en la tierra pedregosa lo suficientemente grande para enterrar a su padre; enterró la cruz en el polvo y le pidió a Dios que acogiera el alma de su padre en el Paraíso. Cuando hubo realizado estos últimos ritos, emprendió la inspección de sus tierras. El suelo era una capa delgada y la roca asomaba por todos lados. Bajo el sol candente el pasto crecía tan fino y amarillento que una cabra no habría podido subsistir comiéndolo. El joven puso sus escasas pertenencias en una bolsa, tomó la vara de avellano y cerró la puerta de la choza tras sí. Entonces emprendió el camino, pues fuera lo que fuera que le esperara al final de su viaje no podría ser peor que lo que le esperaría si se quedara donde estaba. Al menos eso pensó, pues era joven y creía que tenía por delante un futuro mejor.

Cuando hubo caminado tres días y tres noches a través de un paisaje árido donde sólo se topó con chapulines y cuervos, estaba tan hambriento que le sobrevino una gran debilidad. Sentándose a la sombra de un arbusto espinoso, se preparaba a morir cuando su mirada recayó sobre la vara de avellano.

“Qué me importa que el diablo te haya lanzado un hechizo”, le dijo. “Un hombre que se prepara a morir no puede esperar más nada del Cielo. ¿De que me servirás cuando sea un esqueleto reseco debajo de un enebro?”

Conforme hablaba, la vara empezó a temblar.

“Dame algo de comer”, ordenó el joven, “y calma mi hambre hasta que llegue a mi destino”.

Inmediatamente los arbustos a su alrededor volvieron a la vida y se cubrieron de unos frutos dulces y succulentos que jamás había visto. Un arroyo empezó a fluir a un lado del camino, llenando el aire con su murmullo, y el joven sólo tenía que agacharse a la superficie para beber su agua clara y perfumada. Al enderezarse, una vez que había saciado su sed, vio a una chica aproximarse llevando en su cadera una canasta llena de aves rostizadas y frutos secos que le ofreció sin que él tuviera que pedirle nada. Cuando hubo comido hasta llenarse ni el arroyo, ni los árboles, ni la muchacha desaparecieron; de hecho reaparecían continuamente a lo largo del camino.

“Si el Diablo es tan generoso conmigo dándome comida”, se dijo el joven, “entonces el Diablo es mi amigo”. Y así, el miedo se esfumó de su mente.

Pasaron otros tres días con sus noches, y el joven seguía caminando. El camino era sinuoso y lo llevaba de un huerto de duraznos a uno de cerezas, pero en el curso de estas vueltas no se topó con ningún pueblo ni aldea ni persona alguna, a excepción de la chica de la canasta, que no pronunciaba palabra. Le dio la sensación de que el camino se repetía, siempre le parecía el mismo, como si caminara sin parar alrededor de una plaza en un pueblo. Le sobrevino un gran cansancio y se sentó en un surco.

“¿Qué sentido tiene continuar”, se dijo, “si no hago más que consumirme en un camino que no lleva a ninguna parte?”

Estaba a punto de dejarse vencer por el desánimo, cuando reparó en la vara de avellano.

“Vamos a ver, tú, trasto del Diablo”, gritó, “¡sácame de este círculo vicioso y llévame a un país próspero y gozoso donde pueda conocer personas que me gusten!”

Le pareció que la vara se movía, como asintiendo, y cuando volvió la mirada hacia el camino, se alegró al ver que era totalmente recto. A menos de cien metros de distancia estaban las primeras casas de una ciudad cuyas torres y campanarios se erigían en el horizonte, y a lo lejos pudo oír el alegre alboroto de campanas, órganos y bandas de metales..

“Si el Diablo es tan generoso como para ofrecerme compañía”, se dijo a sí mismo el joven, “entonces el Diablo es amigo mío”. Y en su mente surgió un sentimiento de gratitud hacia el Diablo.

A pesar de sus ropas polvorientas, el joven, bien alimentado y lleno de esperanza, se sentía sano y fuerte cuando llegó a la ciudad. Los ciudadanos, todos apuestos y vestidos de acuerdo con su evidente prosperidad, le ofrecieron la más cálida de las bienvenidas. Todos querían saber algo de él, y cuando hablaba la gente se amontonaba rápidamente a su alrededor y le aplaudía. Tan pronto como hubo cruzado las puertas de la ciudad, todos se apresuraron a darle la bienvenida y a ofrecerle alojamiento y comida. Hacía migas con todos, sobre todo con las chicas, que se arremolinaban a su lado. Escogió a tres de ellas como amantes, y jamás lo abandonaron, encantadas de ser sus favoritas. El joven pensó que había llegado a la cumbre del éxito. En un armario guardó la vara de avellano, artífice de su felicidad.

“¿Qué más podría pedirte?”, dijo. “Me has dado todo lo que podría haber deseado”.

En aquel momento un gran silencio se apoderó de la ciudad y se desviaron todas las miradas. Por todos lados los viandantes se iban abriendo paso, con los ojos fijos en el castillo. El joven se preguntaba qué tipo de acontecimiento podía explicar aquel fervor, cuando vio una procesión de hombres con vestidos ceremoniales, precedidos por cien tamborileros y flanqueados por un pelotón de mujeres armadas. En medio de la procesión, sobre un reluciente palanquín llevado por ocho cargadores gigantescos, iba sentada una mujer de pelo oscuro ceñido por una corona dorada. Conforme avanzaba, la Reina saludaba sonriendo a sus súbditos haciendo un gesto con la mano. Convencido de que él era el más encantador de todos, el joven esperaba que ella se detuviera y le dirigiera una lisonja, pero el convoy pasó sin que la Reina siquiera mirara al recién llegado. Fue como si no existiera. Cuando expresó su sorpresa a una de sus tres mejores amigas, ella se apresuró a tranquilizarlo: “La Reina sale cada día. Si no te ha visto hoy, seguro que lo hará mañana.”

Pero la mirada real no se posó sobre el desdichado joven ni al día siguiente, ni al siguiente, ni ningún otro día. La procesión pasaba de largo y la Reina lo ignoraba, y él se sintió tan ofendido que perdió el apetito y el sueño.

“¡Qué sentido tiene la vida si la Reina ni siquiera sabe que existo! Me habría ido mejor si me hubiera quedado en las tierras de mi padre, donde nadie se burlaba de mí.”

Entonces corrió hacia la casa donde vivía, sacó la vara de avellano del armario y con ella golpeó violentamente el suelo tres veces.

“En nombre del Diablo”, gritó, “¡quiero que la Reina me ame! Es mi último deseo; ¡no me importa el precio que tenga que pagar!”

El Diablo, que dormitaba en las profundidades de la Tierra, en un rincón lleno de polvo, pus y sangre, abrió un ojo y saltó de alegría. Hacía mucho tiempo que no tenía nada que hacer en la Tierra.

Dios y los hombres habían invadido su territorio hasta tal punto que hacían el mal tal y como él mismo habría hecho. Lo mejor que podía esperar aquellos días era lanzar un par de hechizos, y esto lo hacía incluso durmiendo. Al Diablo nada le resultaba más fácil que procurar un par de aves asadas para alimentar a los hambrientos o caminos tortuosos para que la gente se perdiera. En otras palabras, estaba

encantado de que lo hubieran invocado. Estar sin hacer nada es igual de aburrido para el Diablo que para cualquiera.

Los golpes de la vara habían abierto un profundo agujero en la corteza terrestre y el Diablo se escurrió por allí para trepar hacia la luz. Su rostro apareció en la superficie y sonrió al joven.

“Hola”, dijo diligente, “soy el Diablo. He tenido una formación extraordinaria. Mis referencias son fantásticas y puedo comenzar ahora mismo. Además te puedo ser de más ayuda de lo que nunca hubieras esperado”.

El joven debería haber sospechado algo, porque del Diablo no se obtiene nada a cambio de nada, y a menudo el precio a pagar es la propia vida del pobre infeliz que lo ha invocado.

“Vendré contigo”, le sugirió el Diablo. Al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer y le gustaba la idea de divertirse un poco. “Haré que te ame”.

Loco de alegría, el joven besó el cráneo peludo que asomaba por el suelo.

“Pero”, añadió pérfidamente, “si tu amor se acaba, no podré hacer nada”.

“Eso no pasará”, protestó el joven, “porque soy de esas personas que sienten un amor perdurable”.

“Como quieras, hijo”, asintió el Diablo. Y salió de la tierra bajo la forma de un ganso con plumas negras y grises y un pico afilado.

El joven alimentaba al ganso con los manjares más refinados, le cedió un sillón blando para dormir y le perfumaba las plumas, que a veces tenían un olor ligeramente putrefacto y subterráneo. El Diablo, que nunca había estado tan consentido, procuró no actuar apresuradamente. Hasta que un día, el joven, cansado de comentarle que la Reina seguía sin dignarse a mirarlo, lo agarró del pescuezo.

“¡Haz que me ame o te golpearé con la vara hasta que las plumas salgan volando por todas partes!”

“Déjame”, protestó el ganso, “y arreglaré las cosas”. Con el pico se arrancó tres plumas de las alas.

“Con la primera dibujarás tu retrato, que harás llegar a la Reina. Con la segunda dibujarás su retrato, que le enviarás al día siguiente. Con la tercera y última dibujarás un retrato de los dos, y se lo enviarás al día siguiente. El cuarto día por la mañana, tan seguro como que soy el Diablo, ella te amará.”

El joven, entonces, se puso manos a la obra. Se plantó ante un espejo, mojó la primera pluma en la tinta y dibujó sus rasgos en una hoja fina de papel blanco. A pesar de no tener mucha destreza, su mano voló sobre el papel y realizó un retrato perfecto. El ganso lo observaba, mientras movía suavemente su cabecita, lleno de menosprecio; y con cada movimiento el dibujo fue saliendo y pareció que cobraba vida. Al terminar, el joven lo contempló con orgullo

“¿Quién podía imaginar que tenía tanto talento?”, le preguntó al ganso. Y aquella misma tarde encargó a la primera de sus amigas que llevara el retrato a la Reina.

Al día siguiente colocó sobre el atril un pequeño retrato de la Reina, un grabado hecho por un artista de la ciudad que se podía comprar por la calle por muy poco. Cogió la segunda pluma del ganso y, sin más dificultad que el día anterior, en unas horas tuvo listo un retrato tan bello que parecía tener vida.

“Mis retratos tienen más vida que la vida misma”, exclamó extasiado.

La segunda de sus amigas accedió gustosamente a llevárselo al palacio.

Al tercer día, con la tercera pluma, dibujó en pocos minutos el doble retrato: su rostro al lado del de la Reina. Eran tan bellos y tenían los ojos tan llenos de lealtad que, al contemplarlos juntos, era imposible imaginarlos separados.

“Corre, lleva mi retrato a la Reina”, dijo, mientras lo entregaba a la tercera amiga. “Esta vez no tendrá más remedio que amarme, porque soy un artista incomparable”. Y así siguió ensalzando sin tregua sus dotes de pintor, cuando en realidad todo era obra del Diablo.

Al cuarto día el cortejo real se detuvo ante el joven. La Reina se inclinó hacia él y le pidió que la acompañara al palanquín. De un salto, se sentó a su lado y, sin pensar en sus tres amigas ni en el ganso, se olvidó de ellos como si se tratara de trapos viejos caídos de su bolsa. El ganso y las amigas lo vieron desaparecer a la distancia. Las chicas lloraron, pero el ganso tableteó su pico vorazmente mientras sus ojos brillaban como micas y sus plumas se erizaban.

Como todos sus súbditos, la Reina era hermosa y lucía los atributos de su riqueza con gran elegancia. Reinaba con sabiduría, distribuyendo favores y castigos como convenía. Pero algunas veces sufría de aburrimiento pues sus días eran todos iguales: siempre el mismo asunto de reinar sabiamente, distribuyendo favores y castigos, y saliendo en procesión para ver a sus súbditos. Así que la llegada de los tres retratos, la sorpresa que le causaron y la admiración que sintió hicieron que se enamorara del joven. Ella lo llenó de gentilezas ofreciéndole todos los placeres de su corte. El joven se regocijó con su afecto, orgulloso de ser el amante de tan hermosa reina; pero solamente había estado con ella tres días cuando empezó a preocuparse de que la impostura fuera descubierta y su felicidad le fuera arrebatada.

Sin la ayuda del ganso no podía satisfacer la solicitud de retratos nuevos de su amante. Y porque se sentía débil e indefenso, empezó a desear que la Reina se volviera más débil e indefensa aún, para poder mantenerla bajo su poder.

Para volverla más dependiente, le pidió que se cortara uno de sus brazos como regalo para él.

“Así tendría la prueba más completa de tu amor”, dijo, abrazándola

La Reina, que lo amaba hasta la enajenación, se cortó el brazo y se lo hizo llegar en una caja de cedro. El joven se declaró totalmente satisfecho, pero la paz no duraría. En vano la vio en sus ropajes reales con la manga vacía flotando a un costado: aún temía que lo abandonara. Así que le pidió que se sacara un ojo para regalárselo.

“ Sólo entonces estaré seguro de que me has querido más que a nada en el mundo”, le dijo. La Reina llamó a su peñador para que le sacara el ojo derecho, que puso en una caja de palo de rosa para que se colocara en la almohada del joven. Una vez más la sensación de contento duraría poco: en vano vería su rostro con la oquedad, pues el miedo a ser desenmascarado le robaba la paz mental.

Acudió a la Reina pidiéndole que renunciara a su libertad: “Así serás totalmente mía y seremos felices”.

Con su ojo izquierdo la Reina buscó su libertad. Con su brazo izquierdo la atrapó y la estranguló. Colocó el pequeño cadáver en una caja de eucalipto y se la llevó ella misma a su amante.

“De aquí en adelante soy totalmente tuya”, dijo, “y no tengo otra vida que la que te pertenece a ti”.

El joven se fue a la cama feliz. Su esposa, sin ojo ni brazo, se acostó a su lado y lo besó apasionadamente. Pero mientras los amantes dormían profundamente, un fuerte viento, que se arremolinaba desde las entrañas de la Tierra, abrió con violencia la ventana de la cámara y entró un enorme ganso negro. Rebuscando en su pecho con el pico, el ganso sacó un puñado de pequeñas plumas grises y restregó con ellas los ojos del joven durante un buen rato. Cuando hubo terminado el trabajo, salió volando por donde había entrado. La calma regresó a la noche y la ventana de la recámara real se cerró sola.

Al día siguiente el joven abrió los ojos y miró atónito a la mujer que estaba tumbada a su lado.

“Solo tienes un brazo. ¿Qué has hecho con tu brazo derecho?”, le preguntó.

“Querido, me lo corté para merecer tu amor”, le contestó la Reina.

“Y solo tienes un ojo. ¿Qué has hecho con tu ojo derecho?”

“Querido, me lo saqué para merecer tu amor.”

“Pareces una bestia vulgar. ¿Qué has hecho con tu libertad?”

“Querido, la ahogué para merecer tu amor”, dijo la pobre Reina, con el único ojo lleno de lágrimas.

El joven buscó en vano entre sus recuerdos: todo lo que encontró fueron los rostros de sus tres amadas, cuya triple mirada carecía de nobleza real, y no eran comparables a la regia figura, pero todavía conservaban los seis brazos. Buscó una vez más, y empezó a suspirar por sus tres amantes. Hacía mucho tiempo que no las veía y sentía curiosidad por saber qué habían hecho con sus tres libertades.

Al frotarle los ojos con las plumas, el ganso le había borrado todo rastro de amor por la Reina.

“¿Qué quiere de mí esa mujer, con todas esas historias?”, se preguntó incómodo. “Nunca he pedido a nadie nada tan insensato como esto”.

Y mientras la Reina lloraba en silencio sin mirarlo, él se deslizó fuera de la cama y se fue.

Fuera del palacio esperaba el ganso, en guardia, sobre el camino pavimentado. El joven corrió hacia él.

“Tengo problemas”, dijo. “El amor que siente la Reina por mí me resulta una carga. En nombre de nuestra vieja amistad, y aunque no tengo derecho a ningún otro deseo de la vara, te suplico que me ayudes a librarme de ella”.

El ganso se plantó ahora sobre una pata, ahora sobre la otra, giró la cabeza hacia su magnífica y majestuosamente emplumada cola, y escogió la pluma más brillante. La pellizcó con el pico y la estiró hasta que la liberó de la piel. Entonces se la ofreció al joven.

“Ante todo, no mires hacia atrás”, le dijo. “Toma esta pluma y escribe una carta que yo entregaré personalmente. De esta manera quedarás libre de la reina y todo será como tú lo quieras”.

De regreso a la casa a donde se había instalado al llegar, el joven se sentó a la mesa a escribir. Una hoja de papel apareció milagrosamente ante él, y una vez más su mano voló mientras escribía.

Al menos quedará por escrito, decía la carta. Como habrás notado, no he estado muy bien últimamente. Nunca te he mentado y no voy a empezar a hacerlo ahora. Sería la peor de las simulaciones prolongar una situación ahora cuando, tú lo sabes mejor que yo, es ya irreparable. Me habría encantado que las cosas hubieran sido distintas. Cuídate.

El ganso se mecía de una pata a la otra bajo la mesa mientras el joven escribía.

“Nunca hubiera imaginado que tenía este talento para escribir”, suspiró el joven mientras releía y sellaba la carta. Se sentía lleno de orgullo, pero todo era obra del Diablo.

“No intentes encontrarte con la Reina”, le advirtió al ganso, extendiéndole la carta, “pues me temo que sentirá la necesidad de venganza e intentará hornearte. Deja la carta donde pueda encontrarla, luego regresa para verme pues te necesito más que nunca”. El ganso recogió la carta con el pico y voló hacia el palacio.

La Reina seguía en su habitación, acostada en la cama y sintiéndose horriblemente triste. Cuando vio que su ventana se abría para permitir la entrada de un enorme ganso negro, adivinó que el destino de su amor estaba sellado.

“Eres portador de malos augurios”, dijo ella, volteando su bello rostro hacia él. “Y sé qué noticias me traes”.

“Oh, no”, contestó el ave toscamente, “no sabes nada. Espero hasta que hayas leído esta carta antes de decir cuán infeliz eres”.

“¿Por qué eres tan malvado?” le preguntó la Reina en un tono amable y curioso.

“No soy malvado”, dijo el ganso. “Soy el Diablo”.

Y la dejó averiguar el contenido de la carta. Mientras leía, en lugar de llorar más, la Reina enrojeció de ira.

“¡Maldita sea!”, exclamó. “Le di mi brazo, mi ojo y mi libertad a un cobarde escribe-cartas”.

Agarró al ganso por las patas y lo sostuvo boca abajo.

“Tú no eres el Diablo”, gritó, “tú no eres más que una vulgar ave doméstica y voy a pedir que te horneen”.

El Diablo no estaba asustado por la posibilidad de que lo metieran en el horno, pero sí estaba enfadado por tener que sentirse degradado de aquella forma.

“Realmente soy el Diablo”, protestó, “y te lo demostraré. Ve y tráeme las tres cajas que fuiste tan tonta de dar a tu amante ¡y te devolveré lo que le regalaste!”

La Reina hizo lo que le pidió y el Diablo le devolvió el brazo, el ojo y la libertad.

“Y ahora”, dijo la Reina, “tráemelo porque le exigiré una retribución extraordinaria”.

“Gentil dama”, dijo el Diablo, “encárgate tú misma del asunto. Yo ya estoy harto de todo esto y me voy a casa”.

En ese momento el ganso recuperó la forma de Diablo, que es la de un hombre con piernas torcidas que acaban en pezuñas. Se abrió una grieta frente a él y, sin dudarlo ni un momento, saltó hasta el fondo. Apenas hubo desaparecido, la grieta se volvió a cerrar. Era como si el Diablo no hubiera pisado nunca la tierra.

El joven esperaba el regreso del ganso, ansioso por saber que la Reina había recibido su carta, con la ferviente esperanza de haberse librado de ella para siempre. Cuando oyó un ruido en la puerta, corrió a abrirla, pero en vez del Diablo, en el umbral estaba la Reina, flanqueada por las mujeres armadas bajo su mando.

“¡Traidor!”, exclamó con voz de trueno. “¡Cobarde sinvergüenza!”

Las mujeres agarraron al pobre muchacho y lo arrastraron hacia afuera, ignorando sus lágrimas y súplicas, para llevárselo a la cocina del palacio a rellenarlo. Durante las procesiones diarias, el placer de la Reina consistía en exhibirlo entre sus tamborileros para despertar la reverencia entre sus súbditos y asegurarse de que en un futuro nadie volviera a provocar la ira real con cartas insensatas.

HISTORIADORA DEL SIGLO XVIII

Arlette Farge

Seguramente él vivió en el siglo XVIII. Puede que no haya sido un gran aristócrata o cortesano, pero al menos poseía la educación y maneras de la cultura. Y entonces el amaba a esta mujer, pero ella había establecido una condición que no solamente acabó por pesarle demasiado a él, sino que también lo llevó a su ruina: ella le había pedido que no pusiera los ojos en ninguna otra. Entre los placeres de aquel siglo, parece tener algunas inclinaciones: su malestar, su melancolía e incluso su ansiedad y su manera de escribir marcaron tanto su deseo de ella y el placer furtivo de “tener” otras. Bastante banal, ciertamente. Podría pensarse que su jornada no fue a Citera. Un día, no obstante, el rompió el pacto de amantes, un pacto que no era fácil de mantener en este siglo de la Ilustración cuando, para el libertino educado, amar significaba básicamente capturar: capturar inteligencia, atención sentimientos, y someter al otro a la propia influencia, aun si la carne lo registraba apenas. Ambas, la carta de amor y la carta de ruptura, mantienen los sentimientos bajo control: la neutralización de las emociones era la moneda de cambio de la distinción. Habiéndose, una noche cuando se hicieron promesas, puesto del lado la virtud, de la misma manera en que un siglo antes pudo haberlo hecho del lado de la piedad, fue incapaz de mantenerse; y como todo hombre de honor, se lo dijo. Aún la amaba, imaginaba su ira e incluso la anticipaba. Aunque parecía no muy afectado, las palabras revelan que este libertino alguna vez seguro de su fuerza se desmoronaba ante la tarea, y ante ella también. Sabía el precio de su confesión: no verla jamás. Y su despedida sonó quizá como alguna vez lo hiciera su saludo. No estaba ahogado en lágrimas pues había colocado su ente social por encima de cualquier expresión de un corazón roto. La Revolución de 1789 estaba por venir aún: algunos la deseaban, sin duda, tan remotos parecían, tanto él como cualquier parte de ella posible de descifrar, de cualquier mundo externo en el cual hubieran podido habitar. Este era por supuesto el Ancien Régime, ciego a la vulnerabilidad. Para él, entonces, ella no volvería a ponerse el traje para el escenario; para ella, ponérselo para él era ahora impensable.

MAESTRA DE GUARDERÍA

Laure Guy

1. Encontrar un título para la historia.
2. ¿Quién es el héroe de la historia?
3. ¿Cuál es el elemento perturbador?
4. ¿Cómo es que el héroe traiciona el pacto?
5. ¿Cómo decide resolver su problema?
6. Encontrar otro final para la historia.

MEMORIALISTA
Rafaèle Decarpigny

Por mucho tiempo ha estado corriendo lejos de todo, en dirección hacia su propia destrucción y, para mí, su carta lo confirma. Pero supongo que usted sabe que... No hay nada que yo o cualquier «otra» pueda hacer.

Yo podría expresar incompreensión, tristeza, ira. Le podría decir que incluso escribirle sería expresar demasiado interés. Puedo decirle que hubiera preferido una «buena, franca conversación» (?) en lugar de esta prolijidad en la que se hunde, como si quisiera ocultar su evasiva y sus «razones»...

Y... bueno.

Sí, está fuera de lugar la cuestión de verla. Y usted comprenderá que quiero poner la mayor posible distancia entre usted y yo. No tendría sentido iniciar lo que sólo sería una prolongación de nuestra despedida.

TRADUCTORA DE LENGUAJE SMS

Alice Lenay

Sofi,

Ievo 1 rato kriendo escribirle i contestar a su último e-m. Al mismo tpmo, m parecía mjor hablar con ud i dcir lo k tngo k dcirle d viva voz. Xlo- esto kdará ia escrito. Cmo ia sabe, últimamnte m e sentido mal. Cmo si ia n fuese xo mismo en mi propia existencia. Una especie d angustia terrible vs la k pco puedo hacer salvo avanzar a toda prisa en 1 intento x djarla atrás, cmo e exo smpre. Qndo ns conocimos, puso una condición: n convertirse en la “4a”. E respetado l compromiso: ia hace meses k djé d ver a las “otras”, puesto k n tenía forma d seguir frecuentándolas sin convertirla a ud en una d ellas.

Creía k eso sería bastante, creía k l krerla xo i l krerm ud bastaría xa k la angustia k m empuja smpre a buscar en otros lgs i m impid x smpre ja+ str trankilo i sin dudar lo ser simplemnte XD i “generoso” se cal+e con su presencia i con la certza d k l amor k m axtaba era lo + beneficioso xa mí, lo + beneficioso k aya conocido ja+, cmo bn sabe. Pensé k escribir pondría remdio, k disolvería mi “intranquilidad” i m permitiría ir a su encuentro. Xo n. M siento aún peor, n puedo ni dcirle en k stdo m encuentro. Así, st smn, empecé d nuevo a llamar a las “otras”. Sé lo k eso significa xa mí i a k ciclo m arrastrará. N le e mtido nunca i n stoi dispuesto a empezar a hacerlo oi. Al ppio d nuestra relación, ud había anunciado otra regla: k l día en k djásemos d ser amantes, n se plantearía volver a verme. Sabe hsta k punto st imposición m resulta dsastrosa, injusta (psto k sigue viendo a B., R., ...) i comprensible evidntmnt...); d modo k n podría nunca convertirme en amigo suio. Xo oi, l exo d k acepte plegarme a su voluntad, a pesar d k exaré terriblemnte en falta verla, hablar con ud, apreender su visión d las cosas i ls seres i su dulzura conmigo da cta d la imxtancia d la dcisión k tomo. Pase lo k pase, tenga presente k n djaré d amarla d ese modo k m s propio cmo lo hice dsd k la conocí, 1 modo k seguirá vivo en mí i, stoi seguro, n morirá. Xo oi, sería la peor d las farsas tratar d prolongar una situación k, lo sabe tan bn cmo xo, ia n tiene remdio x respeto al amor k l tngo i al amor k m tiene i k m obliga ahora a ser franco con ud, cmo 1 último tributo a l k compartimos i k será, x smpre, algo único.

M hubiese gustado k las cosas fuesen d otro modo. Cuídse mxo.

X

COLEGIALA

Ambre

Ambre, edad 9 1/2

La leí y observé cuidadosamente las palabras.

Un hombre le está hablando a una mujer contándole sobre sus sentimientos. Le escribe para decirle que a él le gustaría romper. Es amable pero complicada. Hay palabras complicadas: no tiene remedio y farsa.

Lo que pienso es que él la ama. Dice que siempre la amará. Si la ama, no sé entonces porqué la deja.

Habla de divorcio. Él dice que está viendo a sus otras amigas de nuevo. Dice que le habría gustado que las cosas hubieran sido diferentes.

Eso significa que van a ponerse mal.

Es triste.



JUGADORA DE AJEDREZ

Nathalie Franc

Las negras renuncian.

El Rey negro yace derribado, eso significa el fin del juego que se ha perdido.

Con él, los Otros tres: tres Torres.
Un escenario inusual pero posible.
Debe haberse tomado una decisión
extraña para llegar a este punto.

Un Peón negro, también: protección
endeble, mínima,
que podría haber cambiado las cosas de
habérsele dado la oportunidad.

Más allá,
Peones que se han movido hacia adelante avanzando un trecho
considerable.

¿Habrán asustado tanto al Rey negro que este no puede ni
siquiera pensar seguir en la confrontación?

De cara al Rey negro, el Rey blanco.
Ella. Su alter ego. El Rey blanco está protegido por otras piezas.
Hay Caballos cerca, el Alfil está en la diagonal larga: parece a
salvo.

Dicen que en el ajedrez uno no debe rendirse jamás.
La única salida habría sido sacrificar las Torres negras.
El Rey negro yace derribado.

Personalidades del mundo del arte

URGENTE: Sophie Calle ha recibido una carta de X en la que pone fin a su relación.

París, 25 de enero de 2006 (Agencia Internacional de Noticias) — El jueves la artista Sophie Calle recibió una carta de X en que la informaba de que rompía la relación, según comentaron fuentes cercanas a la artista el jueves por la noche.

abm/sv/rd

PERIODISTA
Florence Aubenas

Mesa de Redacción

Para: Señorita Sophie Calle
En respuesta a su carta
Fecha junio 10 de 2004

Porqué no publicaremos esta carta en el periódico

Esta carta no ha matado a nadie

Para dar fin a la relación el autor no utiliza los venenos de Madame de Brinvilliers ni de la estufa de Landrú, ni siquiera ántrax en un sobre, como es la moda entre los jóvenes en EU. No, lo que tenemos aquí es una carta incómoda desprovista de los comentarios terribles o sarcásticos que también hubieran servido para el caso. Es obvio que no provocó la clase de emociones que lo hubieran arrastrado a él al crimen o a ella al suicidio. En resumen, lo que necesitamos para poder reportar este rompimiento —y por lo tanto la carta que lo disparó— en la “página roja”, es un cadáver.

Esta carta no le interesa a nadie

Las páginas de Sociales, sin embargo, son muy afectas a los corazones rotos, aunque no sean fatales (y quizás especialmente si no lo son).

No hay nada aquí que sugiera que esta persona es alguien lo suficientemente famoso para que su vida fascine a un círculo más amplio que el de aquellas que han compartido su cama o aspiran a hacerlo. A estas podríamos añadir algunos compañeros de borrachera, uno o dos chismes, la familia quizás —en otras palabras, nadie.

No es para nada la clase de material que inspiraría a un cronista de sociales.

Esta carta no es un libro

Si el autor fuera un escritor, esta carta podría a lo mejor constituir el principio de una novela epistolar, un libro, o incluso un opúsculo. Pero ¿qué es una carta, especialmente esta, tan corta? Se necesitarían muchas páginas más para tener una publicación que pudiera resultar de algún interés para la sección de “Libros”.

Esta carta no es una carta

Hay una página de “cartas” donde publicamos las reacciones de nuestros lectores a las noticias publicadas en el periódico. Este no es el caso.

Esta carta acabó en la papelera

No resultó muy difícil descubrir quién escribió esta misiva y quién la recibió. De otro modo, seamos honestos, esta carta literalmente no se habría considerado, porque obviamente no hay nada en ella para un periodista. Esto no significa que dicho periodista no reciba nunca otras del mismo tipo. De hecho son extrañamente frecuentes. Generalmente, un par de palabras anuncian su llegada: “otro loco”. Y terminan en la papelera. El comentario fue más largo esta vez, pero el modo de archivar fue el mismo.

París, 1 de septiembre de 2004

1 – *La boda falsa*

Nuestro matrimonio improvisado al borde de la carretera que cruza Las Vegas no me permitió cumplir el sueño inconfesable que comparto con tantas mujeres: llevar un día un vestido de novia. El sábado 20 de junio de 1992 convoqué a familia y amigos para una fotografía de boda en las escaleras de una iglesia de barrio en Malakoff. Tras la instantánea se celebró una falsa ceremonia civil oficiada por un alcalde de verdad y luego un banquete. El arroz, las peladillas, el velo blanco... no faltó nada. Con una boda falsa coroné la historia más verdadera de mi vida.

2 – *El striptease*

Cuando tenía seis años vivía en casa de mis abuelos, en la calle Rosa-Bonheur. Cada noche mi ritual cotidiano consistía en quitarme la ropa en el ascensor y llegar desnuda al sexto piso. Después cruzaba el pasillo a toda velocidad y, tan pronto como entraba en casa, me metía en la cama. Veinte años después me desnudaba cada noche sobre el escenario de una caseta de feria que daba al bulevar, en Pigalle, con una peluca rubia por si mis abuelos, que vivían en el barrio, pasaban por allí.

3 – *La cuchilla de afeitar*

Cada día posaba desnuda de las nueve a las doce de la mañana. Y cada día, un hombre sentado en el extremo izquierdo de la primera fila me dibujaba durante tres horas. A las doce en punto sacaba del bolsillo una cuchilla de afeitar y, sin dejar de mirarme, rajaba meticulosamente su dibujo. Mientras lo hacía no dejaba de mirarle, no me atrevía a moverme. Después salía del estudio, dejando tras de sí trozos de mí. La escena se repitió doce veces. Al decimotercer día no fui a trabajar.

4 – *Una boda de ensueño*

Estuve a punto de casarme con un hombre que se iba a China durante tres años. Es mucho tiempo. Como una prometida cuyo prometido se va al frente, quería casarme con él en la pista del aeropuerto, justo antes de la salida. Él subiendo al avión, yo quedándome en tierra. El banquete se habría celebrado sin él y yo habría pasado mi noche de bodas sola en casa. La fecha de la ceremonia, el 7 de octubre del año 2000, ya estaba fijada. Las negociaciones con las autoridades aeroportuarias, el visto bueno del alcalde, las licencias, los testigos, el vestido, todo estaba listo. Casi. Llegó una carta del procurador que rechazaba la autorización. La boda debía celebrarse en el Ayuntamiento. El Código Civil solo preveía dos excepciones: el hospital en caso de riesgo inminente de muerte de uno de los futuros esposos y el centro penitenciario para los presos. A saber: Ayuntamiento, agonía, cárcel. Banal, trágico o radical. El 7 de octubre le acompañé al aeropuerto para llevar, por única vez, mi vestido y pasar el luto de nuestra boda. Volví sola a casa, tal y como estaba previsto.

1 – *La pelea*

El martes 10 de marzo de 1992, a las once cincuenta, me tiró a la cara los siguientes objetos: un hervidor de agua vacío, una tabla para cortar pan, un sofá amarillo de dos plazas, cuatro cojines, una monografía de Bruce Nauman y un teléfono negro que se hundió en el tabique. Fue entonces cuando comprendí que tenía que hacer la única cosa que me pedía: escucharle. A la una todo volvía a estar en orden. Solo quedaba el agujero de la pared: esa última huella la escondí detrás de nuestra fotografía de bodas.

2 – *Silencio*

Cada vez que mi madre pasaba por delante del hotel *Bristol*, se detenía un momento, se persignaba y nos pedía que nos callásemos: “Silencio, decía, aquí perdí mi virginidad”.

3 – *Habitación con vistas*

Hay noches inefables. La noche del 5 al 6 de octubre de 2002 la pasé en una habitación, dispuesta para la ocasión, en lo alto de la Torre Eiffel. En la cama, tumbada entre sábanas blancas, escuchaba a desconocidos que se turnaban para acompañarme.

Contadme una historia para que no me duerma. Duración máxima deseada: 5 minutos. Más tiempo si el relato es emocionante. Si no hay historia, no hay visita. Si me he dormido con el relato, debéis retiraros discretamente y pedir al vigilante que me despierte... Fueron centenares. Hay noches indescriptibles. Bajé al amanecer. Un mensaje parpadeaba en cada pilar: “Sophie Calle, fin de la noche en blanco, 7.00 h”. Fue como la confirmación de que no había sido un sueño. Pedí la Luna y la tuve: DORMÍ EN LO ALTO DE LA TORRE EIFFEL. Desde entonces la acecho y, si me cruzo con ella por cualquier calle, la saludo, la miro con ternura. Allí arriba, a 309 metros, está un pedazo de mi hogar.

4 – *La corbata*

Le vi un día de diciembre de 1985. Daba una conferencia. Me pareció atractivo. Solo hubo un detalle que no me gustó: su corbata de tonos chillones. Al día siguiente, de forma anónima, le envié una discreta corbata marrón. Algunos días más tarde me crucé con él en un restaurante, llevaba mi corbata. No pegaba con su camisa. Entonces decidí enviarle cada año, por Navidad, ropa que fuese de mi gusto. En 1986 recibió un par de calcetines grises de seda; en 1987, un chaleco negro de alpaca; en 1988, una camisa blanca; en 1989, unos gemelos dorados; en 1990, unos calzoncillos estampados con arbolitos de Navidad; en 1991, nada, y en 1992, un pantalón de franela gris. Algún día, cuando vaya completamente vestido por mí, me gustaría conocerle.

5 – *La prenda*

No podía contar con él. Llegó a nuestra primera cita con un año de retraso. Por eso, cuando se fue, para asegurarme de que volvería, le exigí un objeto que guardaría como prenda. Una semana después me envió una pequeña pintura del siglo XIX, *La Lettre d'amour*. Era el retrato de una joven extrañamente parecida a mí y que era, me escribió, su bien máspreciado. El año siguiente, el 18 de enero de 1992, alquilamos dos anillos y un testigo, y nos casamos en un *drive-up wedding window*, en la carretera 604, en Las Vegas. Como regalo, obtuve *La Lettre d'amour*. Había ganado un marido. Pero ya no tenía nada que me garantizase su regreso.

6 – *El dado*

Siempre me ha gustado que decidan por mí. B. y yo teníamos una norma: los días pares él tomaba las decisiones, los impares me tocaba a mí. Cuando se fue a América me regaló un dado para sustituirle.

6 – *El dado (continuación)*

Un día, durante la inauguración de una exposición, un hombre joven se me acercó y se presentó. Se apellidaba igual que B. Le expresé mi sorpresa ante la similitud que se reveló entre la ortografía poco común de su apellido y la del apellido de mi amante. Su respuesta fue galante: dos hombres con apellidos idénticos me querían. Al día siguiente me ofreció compartir su cama. Le encomendé mi decisión al dado. Con su regalo como intermediario, B. había aprobado a su sucesor.

7 – *Esperadme*

Tenía dos años. Ocurrió en la playa, en Deauville, creo. Mi madre me había dejado al cuidado de un grupo de niños. Era la más pequeña y jugaban a deshacerse de mí. Se apiñaban, se hablaban en susurros, estallaban en carcajadas y salían pitando cuando me acercaba. Yo corría tras ellos y gritaba: “¡Esperadme, esperadme!”.

Aquello me marcó.

8 – *El secador*

Se pide a un grupo de personas que analice una pintura que representa a una mujer acostada. La mayoría de los hombres piensa que parece triste, abandonada, mientras que a ojos de las mujeres está más bien serena o lánguida.

Mi padre es la excepción de la regla. Ayer fuimos al teatro. Al final de la obra, la actriz se sume en una depresión y se suicida en el baño electrocutándose con un secador de pelo. Su cabeza reposa sobre el borde de la bañera. Telón. Mi padre cree que la obra acaba bien. Ve a una mujer finalmente en paz que descansa.

9 – *El tacón de aguja*

Tenía veintisiete años. Trabajaba como bailarina de *striptease* en una caseta de feria que instalaban por Navidad en el cruce del bulevar de Clichy y la calle Martyrs. Cada día, entre las cuatro de la tarde y la una de la madrugada tenía que desnudarme dieciocho veces. El 8 de enero de 1981 una de mis “compañeras”, a la que no había cedido la única silla de la caravana, me golpeó con un tacón de aguja en el cráneo después de haber intentado sacarme los ojos con él. Perdí el conocimiento. Durante la pelea, destape final, me arrancó la peluca rubia. Aquel fue mi último *striptease*.

10 – *El albornoz*

Tenía dieciocho años. Me abrió la puerta. Vestía un albornoz igual que el de mi padre. Un albornoz largo de algodón blanco.

Fue mi primer amante. Durante todo un año aceptó mostrarse desnudo ante mí solo de espaldas, nunca de frente. Por las mañanas, si ya era de día, se levantaba girándose meticulosamente y se ponía el albornoz blanco. Cuando se fue me quedé con él.

11 – *La carta de amor*

Hay una carta de amor que lleva años abandonada sobre mi escritorio. Nunca antes había recibido una carta de amor. Le encargué una a un escribiente. Ocho días después recibí una hermosa carta de siete páginas escrita con pluma y en verso. Me costó cien francos y el hombre escribió: “[...] yo, sin haberme movido de aquí, he estado con usted en todas partes...”.

12 – *La rival*

Quería una carta suya, pero él no la escribía. Un día, leí mi nombre, “Sophie”, escrito en la parte superior de una hoja en blanco. Eso me dio esperanzas. Dos meses después de nuestra boda, me fijé en una hoja que sobresalía por debajo de la máquina de escribir. Deslizándola hacia mí descubrí esta frase: “Tengo algo que confesarte, anoche besé tu carta y tu foto”. Seguí leyendo hacia el principio: “Un día me preguntaste si creía en los flechazos. ¿Te he contestado alguna vez?”. Pero no era yo la destinataria, arriba había una H. La taché y la reemplacé por una S. Esa carta de amor se convirtió en aquella que nunca había recibido.

13 – *El cerdo*

Es una historia irracional. Tenía treinta años. Un hombre se puso en contacto conmigo para decirme que nuestros proyectos eran similares. Acepté reunirme con él, siempre me preocupa perderme algo. Su arte consistía en pedirle a desconocidas que se acostaran con él. ¿Acaso yo no había propuesto a desconocidos que se metieran en mi cama para fotografiarlos? Había planeado llevarme a una barbacoa en Neuilly. Hice de criada durante toda la velada. Asé salchichas, serví y recogí. Si estás ocupada, el tiempo pasa más deprisa. Más tarde me dejó delante de casa, se inclinó hacia mí, buscó mis labios. Lo rechacé diciéndole: “¿Qué le hace pensar que tengo ganas de besarle?”. Él contestó: “¡Da igual, come igual que un cerdo!”. Han pasado los años, pero desde aquel día esa frase regresa para atormentarme.

No recuerdo nada de ese individuo y, sin embargo, siempre se sienta a mi mesa.

14 – *El mal aliento*

Tenía treinta años y a mi padre le parecía que tenía mal aliento. Sin consultarme, me concertó una visita con el primer médico que encontró. Al llegar, por sus maneras, supe enseguida que se trataba de un psicoanalista. Sabiendo de la hostilidad que mi padre siempre había manifestado hacia esa profesión, le expliqué el malentendido: “Ha habido un error. Mi padre está convencido de que tengo mal aliento, creo que quería enviarme con un médico generalista”. El psicoanalista replicó: “¿Siempre hace lo que su padre quiere que haga?”. Me convertí en su paciente.

15 – *(Contra) productiva*

Contraproductiva: Se dice del dicho o acto cuyos efectos son opuestos a la intención con que se profiere o ejecuta.

Después de siete años de vida en común, P. me había dejado por teléfono. Le pedí que viniese a decírmelo a la cara. Se negó porque hubiese sido contraproductiva. Una palabra de sentido equívoco –P. pretendía dejarme, yo pretendía lo contrario–, pero eficaz. El epílogo resultó conveniente. Decidí ser “productiva”. Mi madre me había regalado un libro titulado *Cómo encontrar un tío en París*. Seguiría las instrucciones al pie de la letra. Más tarde, me imaginé pidiéndoles a las parejas que despertasen mi envidia –en caso de que las encontrase– que me relatasen al detalle su primer encuentro. Iría al mismo sitio, a la misma hora, el mismo día de la semana del mismo mes y esperaría... Pero el dolor desapareció antes de que tuviera tiempo de hacer nada.

16 – *Viaje a California*

Recibí una carta desde California: “4 de junio de 1999. Querida señora Calle: soy un estadounidense de veintisiete años. He vivido un largo idilio que acaba de concluir. Me gustaría pasar el resto de este periodo de luto, de aflicción, en su cama...”. La decisión se reveló delicada. Considerando la distancia que tendría que recorrer, si el desconocido no me gustaba, ¿sería decente despacharlo? Además, ya había un hombre en mi cama. Dos meses más tarde, mi cama tomó un avión hacia San Francisco. El transportista entregó 1 estructura, 1 somier, 1 colchón, las sábanas en las que había dormido, 2 almohadas y 2 fundas y 1 manta. Le deseé al destinatario una pronta recuperación y le invité a informarme de la evolución de su convalecencia a fin de recuperar mis bienes cuando se restableciese por completo. Acusó el recibo el 4 de agosto: “Su cama es cómoda, la fragancia que exhala me calma. La mantendré informada del desarrollo de la estancia...”.

En septiembre, supe que el sufrimiento se atenuaba. El 2 de febrero del año 2000, mi cama estaba de vuelta en casa.

17 – *La jirafa*

Cuando murió mi madre compré una jirafa disecada.

Le puse su nombre y la coloqué en mi estudio.

Monique me observa desde lo alto, con ironía y tristeza.

18 – *El encuentro*

Le conocí en un bar en diciembre de 1989. Estaba de paso en Nueva York y se ofreció a alojarme. Acepté. Me dio su dirección, me alargó las llaves y desapareció. Pasé la noche sola en su cama. En un trozo de papel que, por casualidad, descubrí debajo de un paquete de tabaco, leí: “Resoluciones para el nuevo año: dejar de mentir, dejar de morder”. Fue mi único indicio. Un tiempo después, le llamé desde París para darle las gracias. Me propuso que nos viéramos y me citó el 20 de enero de 1990 a las nueve de la mañana en el aeropuerto de Orly. No apareció. El 10 de enero de 1991, a las siete de la tarde, sonó el teléfono: “Soy Greg Shephard, estoy en Orly con un año de retraso. ¿Le apetece verme?”.

19 – *La taza*

Su inteligencia me paralizaba. Me invitó a comer con él. A la felicidad que sentí ante esta perspectiva se añadió una inquietud: el miedo de no estar *a la altura*. Para estar preparada, le pregunté de qué íbamos a hablar. Sabía que era un ejercicio risible y vano, pero me hacía sentir más tranquila. D. fijó un tema, a quemarropa: ¿Qué hace que te levantes por la mañana?

Reflexioné durante toda la semana y acumulé muchas respuestas. El día llegó y, tan pronto como pude, le devolví la pregunta. “El olor a café”, contestó, y cambiamos de tema. Al final de la comida nos sirvieron el café y me llevé la taza de recuerdo.

20 – *La cama*

Era mi cama. En ella dormí hasta los diecisiete años. Mi madre la puso en una habitación que había alquilado. El 7 de octubre de 1979, el inquilino se acostó y se inmoló prendiéndose fuego. Murió. Los bomberos tiraron la cama por la ventana. Pasó nueve días expuesta en el patio del edificio.

21 – *La erección*

Cruzamos Estados Unidos. Cada mañana, durante quince días, contemplando la cama donde habíamos dormido, yo susurraba el mismo estribillo: “NO sex last night”. A nuestra llegada a Las Vegas le convencí de que se casara conmigo. Ese día, el leitmotiv de mi frustración se transformó en un YES... Me confesó que su deseo había nacido al convertirme en su esposa. Una erección: eso fue lo primero que me dio el matrimonio.

22 – *Hoy murió mi madre*

En la fecha del 27 de diciembre de 1986, mi madre había escrito en su diario íntimo: “Hoy murió mi madre”.

El 15 de marzo de 2006, escribo a mi vez: “Hoy murió mi madre”.

Nadie dirá lo mismo para mí. Se acabó.

23 – *El regalo*

Estaba enamorada de él, pero había decidido dejarme. Para suavizar la ruptura me propuso un viaje de despedida de una semana a Sevilla. Aunque me pareciese dolorosa, la idea me gustó. Así que acepté y nos fuimos de viaje. El último día, durante la comida, al ver mis lágrimas, H. me contó un secreto. Era un secreto terrible, una historia que había envenenado su vida, y me la confiaba a mí. Solo a mí. En el momento exacto en el que me privaba de su amor, este hombre me ofrecía la prueba definitiva de nuestra intimidad.

Torero

El informe del cirujano decía: “Su corazón estaba abierto en dos, como un libro”. El decoro me mantuvo lejos de su funeral. Esparcieron sus cenizas. Mi luto fue incorpóreo. Le di una sepultura efímera: una placa de mármol colocada sobre la arena de la plaza de toros de Sevilla, en el lugar exacto donde murió, el 1 de mayo de 1992, a las seis cuarenta y cinco de la tarde, de una cornada en pleno corazón.

[LA VIRREINA/EXPOSICIONS]

Palau de la Virreina
La Rambla, 99
08002 Barcelona
T 933 161 000
www.bcn.cat/lavirreina

Horario: de Martes a Domingo
y festivos, de 12 a 20 h